

*“Si se enseña a los niños a amar
y temer a Dios en la casa, se
verá que cuando a su vez salgan
al mundo estarán preparados
para educar a sus propias fami-
lias para Dios”.*

Elena de White
El hogar cristiano, p. 288.

SERMONES PARA LOS MIÉRCOLES DE PODER

El santuario del hogar





El santuario del hogar

SERMONES PARA LOS MIÉRCOLES DE PODER

Derechos de traducción y publicación reservados a la
CONFEDERACIÓN DE LAS UNIONES BRASILEÑAS DE LA IASD
Setor de Grandes Áreas Sul, Quadra 611,
Conjunto D, Parte C, Asa Sul, DF
CEP: 70200-710- Brasília, DF
TEL: (61) 3701-1818
www.portaladventista.org

Revisión: Traducción División Sudamericana
Coordinación: Ministerio de la Mujer de la División Sudamericana
Diagramación y Tapa: Marcos Aurelio Gularte de Castro
Foto de Tapa: Depósito de fotos
Impresión y terminación: Casa Publicadora Brasileña

Autores: Dawerne Bazan y Rute Bazan

PRESENTACIÓN

EL SANTUARIO DEL HOGAR

Saludo

Una mirada rápida a nuestro alrededor nos revela claramente que el enemigo ha usado todos los artificios para destruir las familias. Sus ataques no se limitan a vicios y malos hábitos que por siglos han destruido; ahora él declara abiertamente que esta entidad sagrada no tiene más valor.

Pero Dios sabe que una familia bien ordenada es una de las mayores fuerzas en favor del bien. Sabe que la mayor herramienta para llevar el evangelio al mundo es una familia amorosa, que revela en la vida diaria que Dios es el centro del hogar. Por esta razón, el Ministerio de la Mujer propone para los Miércoles de poder un estudio profundo de los varios aspectos de la vida familiar.

Dios hace un llamado a cada mujer y su familia durante este año. Nos invita a hacer una entrega total de los planes, sueños y relaciones y desea transformar a cada familia en una familia fuerte y victoriosa para su gloria.

Que usted sea bendecida con este estudio y cada día elija entregarse completamente en las manos del Sumo Sacerdote Jesús, y dejar que él habite en el santuario de su hogar.

Con estima.

Marli Peyerl
Ministerio de la Mujer - DSA

SUMÁRIO

PRESENTACIÓN	3
EL SANTUARIO DEL HOGAR.....	6
EL MATRIMONIO UN ANTICIPO DEL CIELO	13
EL CÍRCULO DE LA FAMILIA	21
EN EL ATRIO DE LA RESTAURACIÓN	29
ALCANCEMOS EL CAMPAMENTO PARA DIOS	35
EL SACERDOTE DEL HOGAR.....	41
LA MISIONERA DEL HOGAR	47
EDUCANDO LEVITAS	54
EL SANTUARIO Y LAS FINANZAS DE LA FAMILIA	61
EL ALTAR DE LA FAMILIA	71
LA BELLEZA DEL SANTUARIO DEL HOGAR	78
EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL DE LA FAMILIA.....	84



LITURGIA SUGERIDA MIÉRCOLES DE PODER

1. Entrada de la plataforma
2. Bienvenida y oración: 5 min.
3. Momentos de alabanza (Dos himnos de adoración o de familia) - 10 min.
4. Alabanza inicial (himno de gratitud) - 4 min.
5. Testimonio - Familia/Familia - 10 min.
6. Alabanza congregacional (himno oración) - 4 min.
7. Momento de oración individual o en grupos - 10 min.
8. Música especial - 5 min.
9. Mensaje bíblico - 15-20 min.
10. Alabanza final/oración - 6 min.



EL SANTUARIO DEL HOGAR

Texto base: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos” (Éxodo 25:8).

INTRODUCCIÓN

Cuando piensa en la palabra “santuario”, ¿qué imágenes vienen a su mente? La palabra “santuario” generalmente nos hace pensar en cosas santas, sagradas. De hecho, buscando esta palabra en diferentes diccionarios encontramos definiciones como:

El lugar más sagrado del templo judío donde se guardaba el arca del pacto.

Iglesia importante por las reliquias que contiene, por la afluencia de devotos o por señales visibles de gracia allí obtenidas.

Parte del templo donde se realiza la misa o culto.

Lugar vedado al público, donde se guardan o conservan objetos dignos de veneración.

Lugar digno de respeto.

Esas definiciones nos hablan de un lugar separado para un propósito santo, de algún tipo de culto, de santidad a objetos sagrados, de respeto y adoración.

Cuando pesamos en nuestro hogar, las primeras imágenes que pueden surgir en nuestra mente tal vez no combinen con las definiciones que acabamos de leer. Tal vez recordemos el ritmo agitado de la vida diaria, de las muchas tareas que debemos realizar, de las dificultades financieras o emocionales que pasamos en familia.

El tema de los cultos de los Miércoles de poder este año es El santuario del hogar. Una vez por mes al reunirnos aquí estaremos reflexionando sobre diferentes



aspectos del hogar, de la vida familiar y cómo el hogar puede volverse un santuario, un lugar donde Dios es adorado, un lugar digno de respeto, un lugar donde la gracia de Dios es recibida y su presencia percibida por los miembros de la familia.

Leemos en los consejos del Espíritu de Profecía: “Vuestro hogar debería ser un santuario bendito donde Dios pueda acudir y donde sus ángeles santos puedan ministraros” (Dios nos cuida, MM, p. 169).

Entonces, ¿cómo podemos transformar nuestro hogar en un verdadero santuario donde Dios se deleite en habitar?

I. EL HOGAR Y SUS ASOCIACIONES

El núcleo de la sociedad es la familia, compuesta en principio por el esposo y la esposa, que después se amplía con la llegada de los hijos. Un grupo de familias que se reúne para adorar a Dios forma la familia mayor, la iglesia. Consecuentemente, la iglesia fue colocada en el mundo para ser una influencia para aquellos que aún no conocen a Dios.

Cada una de esas relaciones es importante para la formación de la siguiente, y todas unidas llegan a ser una poderosa fuerza de influencia para el bien. Cuando el servicio de amor es la base de todas las acciones, la familia se convierte en el centro a partir del cual toda la sociedad que la rodea será bendecida.

Esta dinámica que existe en los diversos estratos de la familia y la influencia que una ejerce sobre la otra, pueden ilustrarse con los círculos pequeños que se forman cuando lanzamos una piedra al agua. Ni bien la piedra cae en la superficie del agua, se forma un pequeño círculo, y luego, otro mayor, y otro, y pronto círculos más



amplios se formarán alrededor del lugar donde cayó la piedra.

En el libro *El hogar cristiano*, p. 156, leemos: “El círculo del hogar debe considerarse como un lugar sagrado, un símbolo del cielo, un espejo en el cual nos reflejemos. Podemos tener amigos y conocidos, pero no hemos de entrometernos en la vida del hogar”.

Vamos a analizar rápidamente cada uno de esos estratos o círculos de la vida familiar:

La pareja: Compone el círculo sagrado más íntimo del hogar. La salud espiritual de la familia depende del nivel de intimidad de la pareja, el uno con el otro, y ambos con Dios. Individualmente necesitamos tener una relación sólida con Dios para que la relación con el otro sea fuerte, como dice la Biblia, somos el “templo del Espíritu Santo” (1 Corintios 6:19) y Dios desea habitar en nosotros.

La familia inmediata: está compuesta por los padres y sus hijos en primer lugar, pero sus relaciones a veces pueden incluir algunos familiares más allegados como los abuelos, y que a veces, viven con la familia. Este círculo de familia inmediata debe ser un refugio para sus miembros. Como familia necesitamos desarrollar una relación sólida y proporcionar un ambiente de confianza principalmente para que nuestros hijos se sientan seguros en él.

La familia más amplia y la familia de la iglesia: Este grupo de personas forma un círculo más externo en las relaciones entre familia. Los familiares que no conviven diariamente con la familia, como tíos y primos, están unidos a ellos por la sangre, pero también de un modo general influyen y son fuertemente influenciados por ella. También podemos incluir en este círculo a los hermanos de fe que, a veces, tienen mayor participa-



ción en la vida de la familia que los propios familiares de sangre, por estar más cerca y ayudar a la familia a fortalecerse emocional y espiritualmente.

Relaciones más distantes: La familia no vive aislada del mundo a su alrededor, y lo quiera o no, sus vecinos y conocidos pueden ser fuertemente influenciados por ella. A decir verdad, incluso personas totalmente desconocidas que interactúan con la familia ocasional y superficialmente son influenciados por sus actitudes y comportamientos

Todos esos niveles de relaciones son importantes en la vida de la familia, y la familia necesita aprender a respetar los límites entre cada uno de ellos, como también estar consciente de su poder de influencia sobre ellos.

II. EL HOGAR Y SU INFLUENCIA

Una de las maneras más poderosas en que la familia puede influenciar a sus círculos de relaciones es a través del servicio abnegado. Jesús fue nuestro mayor ejemplo de líder siervo. (Leer Juan 13:12-17).

Jesús había demostrado al mundo su poder por medio de innumerables milagros, pero, aun en esos milagros, él estaba sirviendo, pues nada hacía para beneficio propio. Ahora, durante la última cena, en la cual él sirvió de forma amorosa a los discípulos, los invitó a seguir su ejemplo, siendo siervos los unos de los otros.

¿Cómo podemos aplicar este ejemplo de servir los unos a los otros en el hogar? Esposo y esposa sirviéndose mutuamente y ambos sirviendo a los hijos. Hermanos sirviéndose los unos a los otros, y todos sirviendo a los padres. Haciendo eso, todos estarán reflejando el ejemplo de Cristo y sirviendo a Dios en el hogar.



“Muy temprano debe enseñarse al niño a ser útil. Tan pronto como su fuerza y su poder de razonar hayan adquirido cierto desarrollo, debe dársele algo que hacer en casa. Hay que animarle a tratar de ayudar a su padre y a su madre; a tener abnegación y dominio propio; a anteponer la felicidad ajena y los intereses del prójimo a los suyos propios, a alentar y ayudar a sus hermanos y a sus compañeros de juegos y a ser bondadoso con los ancianos, los enfermos y los infortunados. Cuanto más compenetre el hogar el verdadero espíritu servicial, tanto más plenamente se desarrollará en la vida de los niños. Así aprenderán a encontrar gozo en servir y sacrificarse por el bien de los demás” (La conducción del niño, p. 36).

El servicio en el hogar debe ir mucho más allá de hacer las tareas domésticas preestablecidas. Servir en amor, como Jesús lo hacía, significa estar siempre listo a hacer algo para ayudar a los demás. Significa buscar oportunidades para hacer a alguien más feliz. El padre y esposo es quien, cuando cansado después del trabajo, lava la loza de la cena para que la esposa tenga un descanso, y así todos puedan pasar más tiempo juntos. El hijo que corre a ayudar a descargar el auto cuando los padres llegan del mercado, aunque ninguno pida ayuda. La esposa que planea la cena especial para la familia, aun cuando no hay nada para celebrar. El ejemplo de servicio que Jesús nos dejó incluye mucho más que acciones; incluye sentimientos y actitudes. Jesús no solo servía, sino servía con bondad, paciencia y amor.

III. EL TESTIMONIO DEL HOGAR

Hoy en día, nos servimos de muchos medios de evangelismo para esparcir la verdad por el mundo a través de los medios y la tecnología de última generación. Hemos intentado testificar al mayor número de personas



posible, pero existe en el hogar, en una familia piadosa, un poder de testimonio que va más allá de todas las tecnologías que podemos usar.

Leemos que: “La mayor evidencia del poder del cristianismo que se pueda presentar al mundo es una familia bien ordenada y disciplinada. Esta recomendará la verdad como ninguna otra cosa puede hacerlo, porque es un testimonio viviente del poder práctico que ejerce el cristianismo sobre el corazón” (El hogar cristiano, p. 26).

Sin embargo, lo contrario también es verdad: “La influencia de una familia mal gobernada se difunde, y es desastrosa para toda la sociedad. Se acumula en una ola de maldad que afecta a las familias, las comunidades y los gobiernos” (El hogar cristiano, p. 27). Por eso, debemos detenernos y evaluar cómo hemos vivido realmente como familia y qué tipo de influencia hemos sido para los que nos rodean.

¿Qué tipo de testimonio está siendo nuestro hogar para el mundo? ¿Será que estamos recomendando la verdad o siendo una influencia desastrosa? Reflexione en las siguientes preguntas y propóngase hoy transformar su hogar en un santuario, donde Dios habita y donde todos los que entren allí sientan el deseo de buscar a Dios.

¿El servicio abnegado al prójimo es parte de la vida de su familia?

¿Existe un respeto por esas diferentes áreas en su vida familiar?

¿La relación entre la pareja es sólida con Dios, sin interferencias externas?

¿Los hijos encuentran en los padres seguridad y se sienten cómodos para expresar sus sentimientos?



¿La relación de su familia con la iglesia es saludable y promueve el crecimiento para ambos?

¿Su familia ha sido un testimonio para el mundo?
¿Ha sido una influencia para que las personas admiren y teman al Dios a quien ustedes sirven?

CONCLUSIÓN

Si usted siente que necesita mejorar en algunas de esas áreas, no se desanime, entregue su dificultad a Dios. Coloque su hogar en las manos de Dios y pida que él lo bendiga. Siéntese con su familia esta semana y propóngase transformar su hogar en un santuario donde Dios pueda habitar como dice el texto base de hoy (Éxodo 25:8).



EL MATRIMONIO UN ANTICIPO DEL CIELO

Texto base: “Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido” (Efesios 5:33).

INTRODUCCIÓN

De todas las relaciones entre seres humanos, el matrimonio es la más importante que existe. Dios reserva para la pareja dentro del matrimonio la oportunidad de desarrollar la relación más íntima posible para el ser humano, tanto física, mental como espiritual.

“El matrimonio recibió la sanción y bendición de Cristo y debe considerarse como una institución sagrada. La verdadera religión no contrarresta los planes del Señor. Dios ordenó que la mujer se uniera al hombre en santo matrimonio para formar familias coronadas de honra que fueran símbolos de la familia celestial... El matrimonio, cuando se forma con pureza y santidad, verdad y justicia, es una de las mayores bendiciones dadas a la familia humana...

“El amor divino que emana de Cristo nunca destruye el amor humano, sino que lo abarca, refinado y purificado. Por él, el amor humano es elevado y ennoblecido. El amor humano nunca puede llevar su precioso fruto hasta que sea unido con la naturaleza divina y ejercitado a crecer hacia el cielo. Jesús quiere ver matrimonios felices, hogares felices. El calor de la verdadera amistad y el amor que une los corazones del esposo y la esposa es un goce anticipado del cielo” (En los lugares celestiales, p. 204).



Hoy analizaremos cada uno de esos aspectos de la relación de la pareja: su unidad espiritual, mental y física.

I. UNIDAD ESPIRITUAL EN CRISTO

Tal vez una de las áreas en la que los matrimonios tengan más dificultades para alcanzar la intimidad sea la espiritualidad. Sin embargo, eso difícilmente se reconoce. Con frecuencia, el matrimonio reconoce y busca ayuda para dificultades en la intimidad física y emocional. Sin embargo, falla al entender que, sin una buena relación con Dios, es imposible alcanzar las verdaderas intimidades física y emocional. Por lo menos no del modo que Dios designó que sean.

Muchos matrimonios viven en “incompatibilidad espiritual”. Generalmente, uno de los cónyuges busca a Dios con mayor intensidad que el otro. El primero entonces, reclama al otro una mayor espiritualidad. Sin embargo, al que es objetado no le gusta ese reclamo, y el ciclo continúa.

Necesitamos entender que la compatibilidad espiritual no significa que ambos tengan el mismo tipo de relación con Dios o que expresarán su relación con él de la misma forma.

ILUSTRACIÓN:

Cierta vez, una esposa que pasaba fácilmente una hora o más en comunión con Dios, comenzó a molestarse por el hecho de que su esposo pasaba como máximo 20 a 30 minutos. Esa situación de incomodidad fue creciendo y como no aguantaba más, ella se desahogó con su esposo, pero él respondió que estaba bien con Dios y que se sentía fortalecido espiritualmente, aunque pasaba menos tiempo en comunión.



A pesar de no aceptar la explicación en el momento, ella comenzó a notar que muchas veces él salía de la presencia de Dios tan fortalecido que compartía lecciones increíbles que había aprendido. Por otro lado, a veces, ella pasaba más tiempo en comunión y muchas veces salía desanimada y sin paz en el corazón.

En el libro *El Deseado de todas las gentes*, p. 313, leemos: “Cada persona tiene una vida distinta a todas las demás y una experiencia que difiere esencialmente de la suya. Dios desea que nuestra alabanza ascienda a él señalada por nuestra propia individualidad. Estos preciosos reconocimientos para alabanza de la gloria de su gracia, cuando son apoyados por una vida semejante a la de Cristo, tienen un poder irresistible que obra para la salvación de las almas”.

Necesitamos entender y respetar esas diferencias de individualidad en el matrimonio. Y más que eso, debemos sacar provecho de esas diferencias, y así estaremos fortaleciéndonos mutuamente. (Lea *Eclesiastés 4:9-12*).

Una de las maneras de fortalecer la espiritualidad del matrimonio es compartir con el cónyuge lo que estamos estudiando y las experiencias que hemos tenido con Dios. Aunque al principio el cónyuge parezca no corresponder, él al menos oír, Dios estará actuando en su vida a través de su testimonio.

Ahora, algo que puede terminar con la intimidad espiritual del matrimonio es el reclamo. No le reclame a su cónyuge, sino ore por él y comparta lo que Dios ha hecho en su vida. Oren juntos antes de tomar cualquier decisión, realicen los cultos familiares, aunque el sacerdote no tome la iniciativa. Recuerde que Dios puede bendecir a su cónyuge a través de su procedimiento, aunque él no esté buscando a Dios con la misma intensidad (vea *1 Corintios 7:14*).



Si usted todavía es soltero, recuerde que los mayores problemas de incompatibilidad espiritual entre los matrimonios son el resultado de elegir un cónyuge sin la aprobación de Dios. Entonces, pida la dirección de Dios en la elección de su futuro cónyuge y siga su orientación. Siempre busque a alguien que lo ayudará en su relación con Dios, no se arriesgue con alguien que podrá desanimarlo. Debemos ser misioneros y tratar de llevar a las personas a los pies de Cristo, pero hacerlo dentro de una relación que involucre emociones puede ser muy arriesgado.

II. UNIDAD EMOCIONAL

Muchas personas que se involucran con otra sin la seguridad de un matrimonio (el círculo sagrado) terminan teniendo una vida de extrema inseguridad emocional, porque no hay algo que los proteja. Por otro lado, matrimonios que de hecho son casados también pueden vivir en un estado de inseguridad emocional cuando los cónyuges no entienden o respetan la importancia del círculo sagrado. Entonces, ¿qué sería de manera práctica ese círculo sagrado que protege al matrimonio emocionalmente?

En el libro *El hogar cristiano*, p. 156, leemos: “Existe en derredor de cada familia un círculo sagrado que debe preservarse. Ninguna otra persona tiene derecho a cruzar este círculo sagrado. El esposo y la esposa deben serlo todo el uno para el otro. Ella no debe tener secretos que rehúse revelar a su esposo y comunique a otros, y él no debe tener secretos que no diga a su esposa y relate a otros. El corazón de la esposa debe ser una tumba para los defectos del marido, y el corazón de él una tumba para los defectos de ella. Nunca debe una de las partes bromear a costa de los sentimientos de la otra parte. Nunca debe el marido o la mujer quejarse de su



consorte a otros, en broma o de cualquier otra manera, porque con frecuencia el recurrir a bromas insensatas, que parezcan perfectamente inofensivas, termina en una prueba para cada uno y hasta en una separación. Se me ha mostrado que debe haber un escudo sagrado en derredor de cada familia”.

Vemos, entonces, que el círculo sagrado es la confianza que un cónyuge tiene en el otro, y esa confianza provee la unidad emocional que necesitan. Para mantener esa confianza, el cónyuge debe considerar tres actitudes importantes:

1. Tener al cónyuge como el principal confidente: Nuestro cónyuge necesita ser todo para nosotros, pero después de Dios. Necesitamos confiar en él por sobre cualquier otra persona, inclusive nuestros mejores amigos. Necesitamos confiarle a él nuestros secretos, nuestras tristezas y nuestros sueños. Cuando un cónyuge siente que el otro confía en él, el otro cónyuge está motivado a corresponder a esa confianza y, en consecuencia, se crea entre ellos un sentimiento de seguridad.

2. Guardar las fallas del cónyuge: Muchas veces en nuestra relación, enfrentamos dificultades emocionales, y lo más natural es buscar a alguien para desahogarnos. Pero Dios nos pide que no compartamos las fallas de nuestro cónyuge.

En el libro *El hogar cristiano*, p. 306, leemos: “¡Oh cuántas vidas quedan amargadas por el derribamiento de las paredes que encierran las intimidades de cada familia y que están destinadas a conservar su pureza y santidad! Una tercera persona recibe las confidencias de la esposa, y llega a conocer los asuntos privados de la familia. Esto constituye la estratagema de Satanás para enajenar a los esposos. ¡Ojalá esto cesase! ¡Cuántas dificultades se ahorrarían! Encerrad en vuestros propios corazones el conocimiento de vuestras faltas mutuas.



Presentad vuestras dificultades a Dios solamente. él puede daros consejos correctos y consuelo seguro, impregnado de pureza y exento de amargura”.

Dios es el único que realmente puede hacer algo por las fallas de nuestro cónyuge. Entonces, en vez de compartir con otra persona, simplemente para buscar alivio, debemos llevarlas a Dios en oración e interceder por nuestro cónyuge. En casos de problemas más delicados, debemos buscar la ayuda de un profesional que mantendrá todo reservado y nos podrá ayudar.

3. No exponer al otro, ni en broma: Muchos matrimonios intentan respetarse, pero, a veces, una broma entre amigos termina exponiendo los defectos del otro, como si la broma justificara la exposición. Sin embargo, eso también perjudica a la pareja. Es una forma de falta de respeto y puede romper el círculo sagrado, la confianza que uno tiene en el otro.

III. UNIDAD FÍSICA

Tal vez el mayor reclamo entre parejas actuales esté relacionado a la intimidad física. En Eclesiastés 9:9 (leer), leemos que la sexualidad entre el marido y la mujer es algo que Dios nos dio para que sea una bendición, especialmente considerando las dificultades que él sabía que enfrentaríamos en el mundo como consecuencia del pecado. Pero la sexualidad ha sido banalizada por el enemigo, y en muchos casos, ya no desempeña la función designada por Dios. La verdadera unidad física del matrimonio debe estar precedida por la unidad espiritual y emocional. Dentro de esa protección, es verdadera y se convierte en una bendición para el matrimonio.

¿Cuáles serían algunas actitudes que pueden romper la unidad física del matrimonio? En 1 Corintios 6:19 (leer), leemos sobre el santuario de nuestro cuerpo.



Como templo del Espíritu Santo, nuestro cuerpo también necesita tener propósitos santos. Cuando esto no sucede, la sexualidad pura designada por Dios pierde su propósito.

La exposición indebida del cuerpo, que es tan común hoy en día, especialmente en las mujeres, ha sido una invitación para que el enemigo coloque sugerencias impuras en la mente de los que observan. Esa exposición se ha convertido en una piedra de tropiezo tanto para los creyentes como para las personas del mundo. Dios desea habitar en nosotros y usar nuestras facultades para alcanzar a otras personas, pero no podemos ser un instrumento para Dios mientras estamos siendo una piedra de tropiezo incentivando a las personas a tener pensamientos impuros. Eso sin hablar de la inseguridad emocional que esas actitudes pueden tener en el cónyuge.

Las avenidas del alma, que son nuestros sentidos, también deben ser santificadas para mantener el círculo sagrado del matrimonio intacto. Hoy, a través de los medios de comunicación es muy fácil tener acceso a imágenes que sugieren sensualidad, y esa sensualidad presentada con los efectos artificiales de los medios, a veces nos produce el deseo de huir de nuestra realidad. Muchas personas, fascinadas por ideas plantadas por el mundo imaginario de las películas, y series, terminan desconectándose de la realidad de sus matrimonios, se sienten insatisfechas y sienten que necesitan algo más para ser felices.

El consejo para nosotros es: "Rueguen a Dios los que componen el círculo familiar para pedirle que santifique sus lenguas, oídos, ojos y todo miembro de su cuerpo. Cuando tropezamos con el mal, no es necesario que nos venza. Cristo ha hecho posible que nuestro carácter tenga la fragancia del bien" (El hogar cristiano, p. 156).



En la vida cotidiana con nuestro cónyuge no tenemos efectos especiales, ni una bella banda de sonido. Enfrentamos la dura realidad de la vida en un mundo de pecado y problemas reales. Para lograr disfrutar a nuestro cónyuge, a pesar de eso, necesitamos guardar nuestros sentidos de contemplar el mal y buscar en Dios paz y alegría. Solo así lograremos disfrutar de unidad espiritual y emocional que resultará también en una unidad física sana.

CONCLUSIÓN

Dios desea que nuestra relación conyugal sea segura de profunda intimidad espiritual, emocional y física. Para alcanzar ese nivel de intimidad, debemos aprender a respetar los límites del círculo sagrado del matrimonio y necesitamos pedir que Cristo habite en nuestro corazón diariamente.

“Si de veras se forma en nosotros Cristo, esperanza de gloria, habrá unión y amor en el hogar. El Cristo que more en el corazón de la esposa concordará con el Cristo que habite en el del marido. Se esforzarán juntos por llegar a las mansiones que Cristo fue a preparar para los que le aman” (El hogar cristiano, p. 104).

Que Dios nos ayude hoy entender mejor su voluntad para nuestros matrimonios. Que nuestro matrimonio refleje tanto la luz de la presencia de Dios que todo el mundo lo vea como un lugar donde Dios está presente.



EL CÍRCULO DE LA FAMILIA

Texto base: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9).

INTRODUCCIÓN

Durante este año, en los Miércoles de poder, estamos estudiando el tema del santuario del hogar. El primer círculo sagrado del hogar es la relación del matrimonio, como vimos en el último culto, y el segundo círculo es la familia inmediata: padres e hijos. Ese círculo de la familia es extremadamente importante, y para que proteja a la familia, depende del buen funcionamiento del primer círculo: la relación del matrimonio. Cuando el matrimonio vive una vida de íntima comunión con Dios, el círculo más externo de la familia se beneficia. Lo contrario también es verdad: si el matrimonio no desarrolla una intimidad fuerte con Dios, toda la familia sufre.

Sin embargo, el círculo de la familia es más amplio que el círculo del matrimonio, porque incluye a más personas, temperamentos diferentes, más actividades y, como consecuencia, alcanza una esfera de influencia todavía mayor. Por esa razón, se le debe dar mayor cuidado y atención, especialmente, porque de ese círculo se formarán nuevos centros de influencia, pues, cuando cada hijo crezca, constituirá su propio hogar.

I. EL SACERDOCIO REAL

En el texto bíblico de hoy vemos que fuimos llamados a ser parte del sacerdocio real. En el santuario de Israel, la tribu de Leví fue consagrada para ejercer fun-



ciones especiales, sin embargo, solo Aarón y sus descendientes fueron consagrados para ministrar dentro del lugar santo (vea Números 3:10).

¿Por qué será que Dios escogió a propósito una familia específica para el sacerdocio? Posiblemente porque ellos tenían las calificaciones necesarias, y porque Dios sabía que sería mucho más fácil que los futuros sacerdotes mantuvieran principios sólidos por ser una familia dedicada a esa función y que recibiera una educación que los preparaba para ese ministerio.

Como dice nuestro texto base (1 Pedro 2:9), Dios todavía escoge familias para el sacerdocio real, para ser su propiedad exclusiva y para cumplir una misión especial en estos últimos días. Cuando el secularismo del mundo está terminando con las familias, Dios tiene el propósito de restaurarlas para una función especial en el momento en que vivimos.

El libro *El hogar cristiano*, p. 156 dice que: “El círculo del hogar debe considerarse como un lugar sagrado, un símbolo del cielo, un espejo en el cual nos reflejemos. Podemos tener amigos y conocidos, pero no hemos de entrometernos en la vida del hogar. Debe experimentarse un fuerte sentido de propiedad, que cree una impresión de comodidad, confianza y reposo”.

Una de las maneras de desarrollar ese sentimiento de propiedad de la familia es saber valorar las relaciones en la familia y equilibrar las relaciones externas.

II. EL CÍRCULO SAGRADO DEL HOGAR

Para mantener protegido el círculo sagrado del hogar hay tres áreas importantes que deben ser desarrolladas en la familia:



1. MANTENER UNA COMUNICACIÓN ABIERTA

Muchas familias pasan por dificultades en sus relaciones simplemente porque no tienen tiempo para conversar, dialogar y escuchar lo que sus miembros tienen para compartir. Los niños necesitan mucho de la atención de los padres y son muy sensibles a la falta de atención. Cuando crecen en un ambiente de apatía, terminan distanciándose de los padres y sustituyéndolos por otras relaciones.

Al mantener una buena comunicación con los hijos es importante recordar que cada uno de ellos necesita una atención individual. Los padres necesitan encontrar algunos momentos diariamente para relacionarse con cada hijo, escuchar lo que tiene que decir y descubrir sus gustos y sueños. Deben participar de sus actividades, dirigirlos hacia buenos propósitos y ayudarlos a conquistar sus objetivos. Cuando los padres se toman tiempo para estar con los hijos, estos tienen más disposición para oír los consejos y las enseñanzas que los padres tienen para compartir.

2. DESARROLLAR LA CULTURA DE LA FAMILIA

Mantener el círculo sagrado de la familia también lo ayuda a desarrollar su propia “cultura”, o sea, sus reglas, su dinámica y sus valores. Y esto es más fácil de alcanzar sin la interferencia de otros. Cuando los hijos saben que en su hogar algunas actividades se practican por principios y otras no, es más fácil aceptar ser diferentes de los compañeros cuando están presionados a hacer algo que no está de acuerdo con esos principios. Esa “cultura” de la familia se torna, entonces, una protección a su alrededor.

En las circunstancias más adversas, los padres pueden estar tranquilos en cuanto al comportamiento



de los hijos cuando desarrollan en ellos esa cultura familiar.

“Una familia en cuyo seno se manifiesta amor a Dios y de los unos por los otros, cuyos miembros no se irritan, sino que son pacientes, tolerantes y amables, es un símbolo de la familia celestial. Sus componentes comprenden que son parte de la gran familia del cielo. Mediante las leyes de dependencia mutua se les enseña a confiar en la gran Cabeza de la iglesia. Si uno de sus miembros sufre, todos los demás sufren. El sufrimiento de uno entraña el sufrimiento de los otros. Esto debiera enseñar a la juventud a cuidar de sus cuerpos, a obrar por la preservación de la salud, porque cuando sufren a causa de la enfermedad, toda la familia sufre” (Alza tus ojos, p. 31).

3. VALORIZAR LA FAMILIA

Muchas familias están siempre involucradas en actividades con otros, y pocas veces hacen actividades solo con los miembros de la familia. Existen por lo menos dos peligros en esa actitud: primero, el de transmitir a los hijos que su compañía no es tan agradable como la de los otros. Y rápidamente los hijos aprenden y adoptan esa postura en su vida. Como familia, necesitamos valorar a los que están más cerca de nosotros, que nos contienen y nos apoyan más en las dificultades. Los compromisos de la familia necesitan tener una importancia mayor que los compromisos con otros.

ILUSTRACIÓN:

Cierta vez, una joven invitó a su amiga a ayudarla en un proyecto de la iglesia. Aquella segunda joven era una madre muy consciente de su obligación en el hogar y le respondió que no podría ayudarla en ese horario es-



pecífico, pues había prometido llevar a su hija al parque.

La joven se sintió frustrada ese día y no podía entender cómo alguien consideraba que ir al parque con una niña era más importante que hacer una actividad para la iglesia. Pero el tiempo y el resultado en el comportamiento de los hijos de esa joven madre le mostraron que existe un valor inestimable en respetar los compromisos que tenemos como familia.

“Sus deberes se encuentran a su alrededor, cerca y lejos. Su primer deber es hacia sus hijos y los parientes más cercanos. Nada puede disculpar el descuido del círculo interior por el círculo mayor de allá afuera [...]” (Traducción libre del libro *Filhos e Filhas de Deus*, p. 223).

En la agitada vida moderna, muchas veces podemos dedicar más tiempo al trabajo, a las redes sociales y amigos, o hasta a las actividades excesivas en la iglesia que a la familia. El Señor no exige que descuidemos el círculo sagrado de la familia para los círculos más amplios de la sociedad, ni siquiera las actividades de la iglesia. Él desea que exista equilibrio para que la relación familiar sea conservada. Recuerde que la familia bien organizada es la herramienta más poderosa para conducir a otros a Dios.

La Biblia presenta palabras fuertes para los que olvidan esto. 1 Timoteo 5:8 dice: “porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo”.

4. BUSCAR EQUILIBRIO EN LAS RELACIONES CON OTROS

Sin embargo, es necesario alcanzar un equilibrio en la familia de modo que reciba prioridad en términos de relaciones, pero al mismo tiempo no se encierre en sí



misma. Algunas familias pierden preciosas oportunidades de abrir puertas de su hogar para bendecir a otros simplemente por no querer compartir lo que tienen o no tener el trabajo de salir de su rutina para ayudar al prójimo.

“A Dios le desagrada el interés egoísta tan a menudo manifestado cuando se dice: ‘Para mí y mi familia’. Cada familia que alberga ese espíritu necesita ser convertida por los principios puros ejemplificados en la vida de Cristo. Los que se encierran en sí mismos, que no están dispuestos a atender visitas, pierden muchas bendiciones” (Testimonios para la iglesia, t. 6, p. 346).

Ese equilibrio será un fruto natural de los padres cuando entiendan la misión de Dios para la familia y su importancia como herramienta en la predicación del evangelio.

Cuando la familia respeta los círculos internos y desempeña debidamente sus funciones en el círculo familiar, se fortalece y se prepara para servir a los que están afuera.

III. INCLUYENDO A OTROS EN EL CÍRCULO SAGRADO

¿En qué tipo de actividades la familia puede incluir a otras personas y dar testimonio?

1. Cultos: Cultos especiales, o un grupo pequeño en el hogar, pueden ser una buena oportunidad para alcanzar a otros. Recordando siempre incluir a los hijos en las actividades y con preferencia realizarlas en el hogar para evitar influencias negativas de otros ambientes.



2. Trabajo misionero: Los proyectos misioneros de la familia son excelentes oportunidades para integrar a otras familias y amigos. Pueden ser proyectos sencillos como visitas misioneras en la comunidad o proyectos mayores como viajes misioneros.
3. Recreación: La familia puede invitar a amigos a participar de actividades recreativas saludables, como paseos, esparcimiento, y usar esos momentos para un refrigerio y hasta un testimonio.
4. Recibir a invitados: El simple acto de que la familia invite a alguien a participar de una comida en el hogar puede transformarse en una actividad misionera donde la familia puede compartir el amor de Dios a través de un alimento saludable y una recepción agradable.

“Nuestras simpatías deben rebosar más allá de nosotros mismos y del círculo de nuestra familia. Hay preciosas oportunidades para los que quieran hacer de su hogar una bendición para otros. La influencia social es una fuerza maravillosa. Si queremos, podemos valernos de ella para ayudar a los que nos rodean” (El ministerio de curación, p. 273).

CONCLUSIÓN

Dios desea que desarrolle el sacerdocio real en su hogar. Desea que cada familia participe de su obra, y también de su naturaleza. Desea que primero ocurra una transformación dentro del hogar, para que llegue a ser un testimonio para los que están afuera.

Recordemos que la familia bien ordenada es el mejor testimonio que se puede dar. Entreguemos nuestra familia a Dios hoy y pidámosle que nos ayude a cam-



biar lo que debe cambiarse. Pidámosle que nos ayude a dar prioridad a nuestros hijos, y desear ver su salvación para que al llegar al Cielo podamos decir: “He aquí, yo y los hijos que me dio Jehová [...]” (Isaías 8:18).



EN EL ATRIO DE LA RESTAURACIÓN

Texto Base: “Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, y hermana, y madre” (Mateo 12:50).

INTRODUCCIÓN

El tema de Miércoles de poder de este año es “El santuario del hogar”. No podemos considerar los diferentes aspectos de la vida en familia sin incluir las relaciones de ella con la familia de la iglesia. Ya estudiamos un poco aquí sobre la relación de los cónyuges y de los padres con los hijos, pero sabemos que las relaciones de la familia no están limitadas al hogar; también incluyen la familia por extensión, tanto de sangre como de fe.

Dios nos puso en el mundo como una fuerza influenciadora, por lo tanto, también necesitamos preocuparnos por los que están a nuestro alrededor.

(Lea Mateo 12:46-50).

En ese incidente, Jesús no tenía como propósito enseñarnos a no tener en cuenta a los miembros de la familia, sino ayudarnos a entender que las relaciones con personas que tienen principios semejantes son esenciales para nuestro fortalecimiento espiritual. Entonces, las personas que están en el patio del santuario son nuestros hermanos y hermanas de fe, nuestra comunidad en la iglesia. ¿Cómo debe relacionarse la familia con la comunidad de la iglesia?



I. LA PREPARACIÓN PARA LA IGLESIA COMIENZA EN EL HOGAR

En la comunidad de la iglesia y en la interacción con sus miembros, la familia debe encontrar un ambiente seguro para que sus hijos interactúen con personas que busquen y tengan los mismos objetivos. Ella debe ser un refugio para los hijos contra las influencias negativas del mundo allá afuera.

Esa protección no es solo una protección física, sino mental y espiritual. Las actividades de las cuales la familia participa en la iglesia necesitan ser diferentes de las actividades que el mundo ofrece y deben promover el desarrollo espiritual. Pero, el simple hecho de ser miembro de la iglesia no hará que esta sea una protección. La protección ocurre con la participación de nuestros hijos en sus actividades y en el conocimiento y práctica de sus enseñanzas. Para que esto suceda, es necesaria una preparación en el hogar.

Cuando en el hogar se realizan los cultos matutinos y vespertinos, los niños obtienen la preparación para apreciar los cultos de la iglesia. Cuando se estudia la lección de la Escuela Sabática en el hogar los niños desean ser parte de la Escuela Sabática en la iglesia, porque están familiarizados con el asunto estudiado y pueden participar y contribuir de alguna forma. Cuando existe una atmósfera de misión en el hogar, y la familia ayuda a sus vecinos y conocidos, el niño se prepara y tiene el deseo de participar de las actividades misioneras de la iglesia. Cuando el niño aprende colaborar con las tareas diarias del hogar, tendrá una disposición de colaborar en la iglesia, siendo una ayuda y desarrollándose dentro de un ministerio.

“El hogar es una escuela donde todos pueden aprender el comportamiento en la iglesia. Cuando todos sean miembros de la familia real, habrá verdadera cortesía



en la vida familiar. Cada miembro de la familia procurará hacerla agradable para los otros miembros. Los ángeles de Dios, que ministran a los que serán herederos de salvación, os ayudarán a hacer de vuestra familia un modelo de la familia celestial. Haya paz en el hogar, y habrá paz en la iglesia. Esta preciosa experiencia llevada a la iglesia será el medio para crear un afecto bondadoso mutuo. Cesarán las rencillas. La verdadera cortesía cristiana se verá entre los miembros de iglesia" (La conducción del niño, p. 521).

Si la familia es una "iglesia" en el hogar en todo el sentido de la palabra, su influencia en la iglesia será una gran bendición. El hogar prepara a los hijos para ser una bendición en la iglesia, y la iglesia ayuda a completar el trabajo que los padres iniciaron en el hogar.

"Cada familia es una iglesia en la que presiden los padres. La primera consideración de los padres debiera ser trabajar por la salvación de sus hijos. Cuando el padre y la madre, como sacerdote y maestra de la familia, toman su posición plenamente del lado de Cristo, se ejercerá en el hogar una buena influencia. Y esta influencia santificada se sentirá en la iglesia y será reconocida por cada creyente. Debido a la gran falta de piedad y santificación en el hogar, se estorba grandemente la obra de Dios. Nadie puede llevar a la iglesia una influencia que no ejerce en su vida familiar ni en sus relaciones comerciales. [...] Los ángeles de Dios, que ministran a los que serán herederos de salvación, os ayudarán a hacer de vuestra familia un modelo de la familia celestial. Haya paz en el hogar, y habrá paz en la iglesia. Esta preciosa experiencia llevada a la iglesia será el medio para crear un afecto bondadoso mutuo. Cesarán las rencillas. La verdadera cortesía cristiana se verá entre los miembros de iglesia. El mundo tomará nota de que ellos han estado con Jesús y han aprendido de él. ¡Qué impresión haría



la iglesia en el mundo, si todos los miembros vivieran vidas cristianas! (La conducción del niño, p. 521).

¡Qué responsabilidad tiene la familia sobre la iglesia! Muchas veces vamos a la iglesia y esperamos que sea una influencia para nuestro hogar, pero olvidamos que la iglesia está formada por familias. La iglesia es un resultado de lo que nosotros somos en el hogar. Y el grupo de familias que forma la iglesia se torna una influencia en la comunidad.

Si las familias están lejos de Dios se reflejará negativamente en la iglesia, la iglesia será débil. Si las familias están buscando a Dios en una comunión diaria, la iglesia estará fortalecida y sus proyectos tendrán éxito para con los de afuera.

II. LA IMPORTANCIA DE PARTICIPAR DE LA IGLESIA

La integración de la familia con la comunidad de la iglesia es sumamente importante. Algunos hoy argumentan que no es necesario pertenecer a una iglesia. Alegan que la iglesia es solo espiritual, que podemos mantener nuestra relación con Dios rindiendo culto solo en nuestros hogares o en la convivencia con otras familias, o alegan demás que existen muchos errores en la iglesia.

En Marcos 2:17, Jesús se identifica como un “médico” y dice que “los sanos no necesitan de médico, sino los enfermos”. Entonces, él declaró su misión: “No vine a llamar justos, sino pecadores”. En muchos sentidos, la iglesia es como un hospital donde Jesús, el gran Médico, está sanando a las personas heridas por el pecado. Tal vez no siempre sea un lugar agradable donde estar, especialmente cuando sufrimos con los problemas y dificultades de las personas, pero necesitamos estar en ella para nuestro crecimiento espiritual.



Muchas veces, los que están en la iglesia no captan las cosas de la misma forma que nosotros, y pueden hasta no tener exactamente los mismos principios, pero están buscando la salvación. Necesitamos aprender a enseñarles a nuestros hijos a amar a las personas que están luchando para mantenerse cerca de Jesús. La iglesia no es un lugar perfecto, así como un hospital no lo es, pero aun así es un lugar seguro contra las influencias del mal, y un lugar donde podemos desarrollar el amor y el servicio al prójimo.

III. LA COMUNIDAD DE LA IGLESIA ES UN LUGAR DE ARREPENTIMIENTO, CONFESIÓN Y ABANDONO DEL PECADO.

La comunidad de la iglesia es un lugar de arrepentimiento, confesión y abandono del pecado. Al participar de ella, necesitamos tener un corazón siempre sensible a la condición de nuestros hermanos. Debemos recibirlos con el deseo de ayudarlos a acercarse a Dios y a librarse de sus pecados. Debemos luchar en oración con nuestros hermanos y ayudarlos a tener un encuentro especial con Dios.

Varios momentos en la iglesia nos dan la oportunidad de un recomienzo. Cuando las personas se bautizan o responden a llamados y consagran su vida a Dios, debemos celebrar con alegría ese acercamiento a Dios. Cuando nos reunimos para participar de la Santa Cena, por ejemplo, tenemos la oportunidad de participar de una gran fiesta espiritual en la cual lavamos los pies unos a los otros como un símbolo de una nueva purificación de los pecados que cometimos.

La vida del cristiano en la comunidad de la iglesia está marcada por momentos de tristeza que produce el pecado y de la alegría de la salvación. No debemos ser prisioneros de los mismos pecados toda la vida; por el



poder de Cristo, poco a poco podemos vencer nuestras debilidades y seguir rumbo al camino de la liberación del pecado. La iglesia es un lugar de purificación que produce alegría y paz al pecador que allí se encuentra con Dios y abandona su pecado.

En la caminata cristiana no todas las personas van con el mismo ritmo. Mientras que algunos entran por la puerta, otros ya están pasando por las aguas bautismales, y otros ya están en un proceso más profundo de santificación. Una de las señales de que estamos alcanzando la madurez espiritual es saber convivir en el mismo lugar con personas que están pasando por esas diferentes etapas en la vida cristiana.

CONCLUSIÓN

¿Cómo podemos mejorar las relaciones de nuestra familia en la iglesia? ¿En qué áreas necesitamos hacer cambios? Hoy es el día de hacer esa evaluación, de pedir a Dios que transforme en nosotros todo lo que nos impide tomar parte activa en la iglesia. Necesitamos pedirle que ponga en nosotros y en nuestra familia amor por los pecadores, amor por los que están buscando a Cristo y un deseo de ver cada vez más personas que pasan por la puerta de la salvación en Cristo, confiesan sus pecados a Jesús y reciben el lavamiento de la poderosa sangre de Jesús.

Lucas 15:7 dice que hay “más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento”. Que podamos regocijarnos con el Cielo cada vez que una persona entra por el patio de la iglesia en busca de salvación. Que podamos enseñar a nuestros hijos a amar a los que están entregándose a Cristo y pasando por el proceso de la conversión.



ALCANCEMOS EL CAMPAMENTO PARA DIOS

Texto base: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

INTRODUCCIÓN

En nuestro estudio del santuario de hogar del mes pasado vimos que la iglesia está compuesta de familias, y que la salud espiritual de la iglesia depende de la salud de las familias que son parte de ella. Hoy, hablaremos un poco de la influencia de la familia en la comunidad en general.

Existen personas que son parte de nuestra vida, pero que todavía no aceptaron a Jesús como su Salvador. ¿Cómo puede relacionarse la familia con esas personas que todavía no participan de la comunión de los hermanos en la iglesia?

Con seguridad el ejemplo de una familia bien ordenada es el mejor testimonio silencioso que puede dar, pero es importante que la familia desarrolle contactos más directos con los miembros de la comunidad que todavía no tiene a Jesús como su Salvador personal.

I. EL EJEMPLO DE ISRAEL

Cuando Israel estaba en su jornada por el desierto, había entre ellos muchas personas de otras culturas que no adoraban a Dios; personas que tenían costumbres, hábitos y hasta creencias diferentes. Se nos dice que muchos egipcios, por temor de permanecer en Egipto



después de las plagas, siguieron al pueblo por el desierto. A pesar de convivir con los israelitas, esas personas no adoraban al Dios de Israel. Por eso, no podían entrar en el patio del santuario y participar de sus ritos.

Al estudiar las medidas del santuario, entendemos que la altura del cerco que rodeaba el patio era de 2,30 metros (Éxodo 27:18, NVI). Eso significa que las personas que no formaban parte del servicio de culto del santuario no podían ver todo lo que sucedía en el interior del patio. Sin embargo, podían oír los sonidos que salían, y sentir el perfume del incienso que diariamente se quemaba y ver la claridad de la nube de la gloria de Dios que permanecía sobre el santuario.

¿Cómo hemos alcanzado la comunidad en general? ¿Será que en la vida diaria las personas oyen en nuestro hogar un sonido diferente de alabanza a Dios? ¿Será que sienten el olor agradable de los alimentos saludables que preparamos? ¿Será que notan la manera diferente como nos vestimos y, sobre todo, como nos tratamos? ¿Será que notan que somos una familia llena del Espíritu Santo que busca vivir la voluntad de Dios?

El santuario del hogar debe ser un testimonio para los que están afuera, desde su apariencia externa y organización hasta el estilo de vida de las personas y las actividades que practican. Todo en nuestra vida, tanto en el hogar como en la iglesia, debe ser una representación del Dios a quien adoramos.

En la experiencia de Israel también había momentos específicos cuando el pueblo de Israel recibía a los extranjeros en medio de ellos. En el libro *El ministerio de curación*, p. 272 leemos:

“En todas sus fiestas los israelitas admitían al pobre, al extranjero y al levita, el cual era a la vez asistente del sacerdote en el santuario y maestro de religión y mis-



ionero. A todos se les consideraba como huéspedes del pueblo, para compartir la hospitalidad en todas las festividades sociales y religiosas y ser atendidos con cariño en casos de enfermedad o penuria. A personas como éstas debemos dar buena acogida en nuestras casas. ¡Cuánto podría hacer semejante acogida para alegrar y alentar al enfermero misionero o al maestro, a la madre cargada de cuidados y de duro trabajo, o a las personas débiles y ancianas que viven tan a menudo sin familia, luchando con la pobreza y el desaliento!"

Como familias podemos invitar a nuestros vecinos y miembros de nuestra comunidad para momentos especiales. Algunas celebraciones de la familia, como aniversarios y bodas, pueden transformarse en oportunidades para las personas que no siempre están en contacto con nosotros. También podemos proponernos visitar a nuestros vecinos y llevarles un obsequio sencillo o alimento preparado por nosotros mismos o un producto de nuestra quinta. Podemos ofrecer algún tipo de ayuda cuando notamos una necesidad. Toda demostración de amor a las personas con quienes entramos en contacto puede ser el principio de una amistad y una influencia para llevarlas a Dios.

II. EL EJEMPLO DE ENOC

A veces, las familias evitan involucrarse demasiado con personas que no son de la misma fe, por miedo de recibir influencias negativas. Con seguridad necesitamos tener cuidado, especialmente cuando en la familia existen niños que pueden ser influenciados con facilidad. Pero Dios nos dejó un ejemplo maravilloso en la Biblia que fue el patriarca Enoc. Tal vez este hombre de Dios sea uno de los mejores ejemplos bíblicos donde encontramos ese equilibrio entre una vida de testimonio a otros, mientras al mismo tiempo protegía su hogar en



la vida sencilla del campo que fortalecía su comunión con Dios.

“El andar de Enoc con Dios no era en arrobamiento o en visión, sino en el cumplimiento de los deberes de su vida diaria. No se aisló de la gente convirtiéndose en ermitaño, pues tenía una obra que hacer para Dios en el mundo. En el seno de la familia y en sus relaciones con los hombres, como esposo o padre, como amigo o ciudadano, fue firme y constante siervo de Dios” (Patriarcas y profetas, p. 72).

Justamente fue ese equilibrio entre la vida de comunión con Dios y el testimonio lo que atraía a las personas para buscar sus consejos e instrucciones. Se dice que “Enoc se convirtió en el predicador de la justicia e hizo saber al pueblo lo que Dios le había revelado. Los que temían al Señor buscaban a este hombre santo, para compartir su instrucción y sus oraciones” (Patriarcas y profetas, p. 73).

“En medio de una vida de activa labor, Enoc mantenía fielmente su comunión con Dios. Cuanto más intensas y urgentes eran sus labores, tanto más constantes y fervorosas eran sus oraciones. Seguía apartándose, durante ciertos lapsos, de todo trato humano. Después de permanecer algún tiempo entre la gente, trabajando para beneficiarla mediante la instrucción y el ejemplo, se retiraba con el fin de estar solo, para satisfacer su sed y hambre de aquella divina sabiduría que sólo Dios puede dar” (Patriarcas y profetas, p. 74).

III. ENCONTRANDO EL PUNTO DE EQUILIBRIO

Hoy en día necesitamos aprender a ser hospitalarios y planear momentos especiales para incluir en nuestras relaciones a los que no son parte de nuestro círculo de fe. Era así como vivía Jesús: Amaba igual al fariseo y al



publicano. Se mezclaba con ellos para mostrarles amor, pero no se dejaba contaminar por sus actos equivocados.

Dios nos invita a repetir esa actitud en nuestra vida: “Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos” (Lucas 14:12-14).

“Estos son huéspedes que no os costará mucho recibir. No necesitaréis ofrecerles trato costoso y de mucha preparación. Necesitaréis más bien evitar la ostentación. El calor de la bienvenida, un asiento al amor de la lumbre, y uno también a vuestra mesa, el privilegio de compartir la bendición del culto de familia, serían para muchos como vislumbres del cielo” (El ministerio de curación, 272).

Esos ejemplos de actividades son ideales en nuestro hogar cuando nuestros hijos son todavía pequeños. Necesitamos ser cuidadosos con la elección de las actividades misioneras que involucran las personas del mundo, pues los niños todavía pueden ser muy influenciados. Sin embargo, podemos desarrollar proyectos misioneros en familia de manera segura y que sean una bendición para todos.

Invitar a personas solitarias para una comida en el hogar da a los niños la oportunidad de desarrollarse en la preparación para recibirlas. Visitar a personas ancianas en sus hogares o en un asilo, para cantar o llevar tarjetas preparadas por ellos mismos, puede ayudar a despertar en sus corazones la empatía por el sufrimiento ajeno. Participar de proyectos de distribución de liter-



atura o algún proyecto de asistencia social de la iglesia también ayuda a los niños a desarrollar amor por el prójimo y el deseo de salvarlos.

CONCLUSIÓN

Dios promete bendiciones especiales a los que abren su corazón y su hogar para recibir a los que están afuera. Tal vez la única oportunidad que tendrán de tener una vislumbre de lo que sucede dentro del santuario sea algún momento que pasan en compañía de nuestra familia.

“Nuestras simpatías deben rebosar más allá de nosotros mismos y del círculo de nuestra familia. Hay preciosas oportunidades para los que quieran hacer de su hogar una bendición para otros. La influencia social es una fuerza maravillosa. Si queremos, podemos valernos de ella para ayudar a los que nos rodean” (El ministerio de curación, p. 273).



EL SACERDOTE DEL HOGAR

Texto base: “Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio [...]” (Génesis 18:19).

INTRODUCCIÓN

La doctrina del santuario es la diferencia que tenemos como Iglesia Adventista del Séptimo Día, y esa doctrina debe ser cuidadosamente examinada por nosotros, pues es el fundamento de nuestra fe y esperanza. Aplicar sus principios en cada fase de nuestra vida también debe ser nuestro objetivo. Entre los muchos temas que presenta el santuario, encontramos preciosas lecciones sobre la relación que Dios hace del papel del sacerdote en el santuario con el papel del jefe de familia, esposo y padre.

Dios usa el matrimonio para representar la relación de Cristo con la iglesia, y esto es exactamente lo que el marido debe ser, un salvador para su familia. Muchos padres y esposos perdieron esto de vista y no buscaron las características de Cristo en el cuidado, amor y sacrificio por la esposa e hijos. Pero, así como no podemos ofrecer lo que no tenemos, el sacerdote del hogar no podrá interceder por su familia antes de prepararse para esa mediación.

I. EL SACERDOTE DEL HOGAR

En el santuario, en Israel, Aarón ofrecía diariamente una ofrenda por sí y por sus hijos. Como representante del pueblo delante de Dios, como su intercesor, él necesitaba cerciorarse diariamente de que nada le impidiera a él y a sus hijos estar



aceptables delante de Dios. Allí él comprendía su incapacidad de salvarse a sí mismo, su incapacidad de cambiarse a sí mismo y la necesidad de Cristo y la actuación del Espíritu Santo diariamente en su vida. vida.

“Como los patriarcas de la antigüedad, los que profesan amar a Dios deberían erigir un altar al Señor dondequiera que se establezcan. Si alguna vez hubo un tiempo cuando todo hogar debería ser una casa de oración, es ahora. Los padres y las madres deberían elevar sus corazones a menudo hacia Dios para suplicar humildemente por ellos mismos y por sus hijos. Que el padre, como sacerdote de la familia, ponga sobre el altar de Dios el sacrificio de la mañana y de la noche, mientras la esposa y los niños se le unen en oración y alabanza. Jesús se complace en morar en un hogar tal” (Patriarcas y profetas, p. 140).

Cuando un padre inicia su día buscando a Dios, se está preparando para cuidar de su familia. Después de su encuentro personal con Dios, estará más sensible a entender las necesidades espirituales de su esposa e hijos. Al interceder por ellos, su corazón estará más cerca de ellos. Podrá alcanzar su corazón y mantendrá una relación más íntima con ellos.

Además de orar por la familia como sacerdote del hogar, el Padre debe instruirla en los caminos de Dios. En Génesis 18:19, leemos que Dios eligió a Abraham porque vio en él la disposición para ordenar a sus hijos y a su casa después de él, para que guardasen el camino del Señor y para que practicasen rectitud y justicia. “Vio que instruiría a sus hijos y a su casa en los principios de la ley de Dios. El poder de la enseñanza de Abrahán se debió a la influencia de su vida. Formaban su casa más



de mil personas, muchas de las cuales eran jefes de familia y no pocas recién convertidas del paganismo. Se-
mejante casa necesitaba que una mano firme manejara
el timón. Los métodos débiles y vacilantes no servían.
Dios dijo a Abrahán: “Porque yo sé que mandará a sus
hijos y a su casa después de sí”. Sin embargo, ejercía su
autoridad con tal sabiduría y ternura que cautivaba los
corazones” (La educación, p. 187).

Dios desea hoy levantar un Abraham en cada hogar.
Para muchos podrá ser un desafío o sacrificio preparar y
liderar los cultos familiares, buscar a sus hijos para par-
ticipar de esos momentos tan importantes del día en el
hogar e interceder por el perdón de sus pecados. Pero,
el esposo y padre se debe interesar de tal manera por la
espiritualidad de los suyos que exija de él la acción.

Los padres necesitan asegurarse de que son la may-
or influencia en la vida de los hijos desde pequeños. Sin
embargo, esa influencia no es algo que logramos forzán-
dolos a estar a nuestro lado; es algo que debe ser con-
quistado. Vean qué consejo interesante: “Que los padres
dediquen las noches a sus familias. Dejen con el trabajo
sus preocupaciones y perplejidades. [...] Procuremos que
las noches sean tan dichosas como sea posible. Hagamos
del hogar un sitio donde moren la alegría, la cortesía y el
amor. De este modo se transformará en un lugar atracti-
vo para los niños” (Consejos sobre la salud, p. 99).

II. EL LEGISLADOR DE LA FAMILIA

Los Diez Mandamientos son la ley de Dios. En su
ley están descritos su carácter y su voluntad para
nuestra vida, para que podamos vivir una vida ple-
na de felicidad. Así como Dios expresa su carácter
en su ley, el padre en el hogar debe expresar los
principios de la ley de Dios en sus actitudes. Sus hi-



jos mirarán como un ejemplo. Su esposa buscará en él fuerza para permanecer firme en los caminos de Dios.

“En su familia, el padre representa al Legislador divino. Colabora con Dios cumpliendo los misericordiosos designios de él, afirmando a sus hijos en los principios justos, y habilitándolos para desarrollar un carácter puro y virtuoso, porque se anticipó a ocupar el alma con lo que habilitará a sus hijos para rendir obediencia no sólo a su padre terrenal sino también al celestial” (El hogar cristiano, p. 189).

Muchos padres hoy no entienden la importancia de su influencia y viven lejos de la familia y ajenos a las necesidades espirituales de la misma. Cuando los padres dejan de ser una influencia espiritual, pierden también la autoridad en otras áreas de la vida familiar.

Los padres deben tener en mente que su influencia sobre los hijos será sentida en las generaciones futuras. Así como se veía en las generaciones de las familias bíblicas, la diligencia de un padre en servir a Dios producía hijos fieles y en consecuencia generaciones cada vez más fuertes espiritualmente. Por otro lado, la negligencia de un padre acarreaba, consecuencias negativas para sus hijos, nietos y varias generaciones.

En el libro Testimonios para la Iglesia, t. 2, p. 617, leemos: “Todos los miembros de la familia tienen al padre por centro. Él es el legislador, y en su propio porte varonil, ilustra las virtudes más severas, la energía, la integridad, la honestidad, la paciencia, el valor, la diligencia y la utilidad práctica. En cierto sentido, el sacerdote de la casa, que presenta ante el altar de Dios el sacrificio matutino y vespertino. Se debiera alentar a la esposa y a los hijos a que se unan en esta ofrenda, y también a participar en las canciones de alabanza. En



la mañana y en la tarde, como sacerdote de la familia, el padre debiera confesar a Dios los pecados cometidos por él mismo y por sus hijos durante el día. Los pecados que ha llegado a conocer, y también los que son secretos, de los que sólo Dios tiene conocimiento, debieran ser confesados. Este hábito, celosamente practicado por el padre cuando está presente, o por la madre cuando él está ausente, resultará en bendiciones para la familia”.

Un ejemplo bíblico triste de un padre que descuidó sus deberes como sacerdote y legislador en la educación de sus hijos fue el sacerdote Elí. Por dejar de asumir esas funciones en su hogar, sus hijos murieron, el sacerdocio desapareció de su familia, y hasta el pueblo de Israel sufrió serias consecuencias (1 Samuel 4).

III. EL PROVEEDOR

Como parte de sus responsabilidades, el padre también es el proveedor del alimento físico para su familia, pero él no es el proveedor por sus propios méritos, depende de Dios para proveer el sustento, así como el pueblo de Israel esperaba que Dios enviara el maná para su sustento.

Muchas veces, el padre puede preocuparse solo por la provisión del alimento físico, y con el deseo de proveer lo mejor, puede distanciarse de la familia y dejar de desempeñar su función de legislador y sacerdote. La provisión del sustento de la familia solo se realizará de manera equilibrada cuando el padre no descuide sus otras funciones y entienda que Dios es quien da el sustento, así como sucedía con Israel.

“Salid con fe humilde, y el Señor irá con vosotros. Pero velad en oración. Tal es la ciencia de vuestra labor. El poder es de Dios. Trabajad dependiendo de él, recordando que sois colaboradores suyos. Él es vuestro ayu-



dador. Vuestra fuerza proviene de él. El será vuestra sabiduría, vuestra justicia, vuestra santificación, vuestra redención. Llevad el yugo de Cristo, aprendiendo diariamente de él su mansedumbre y humildad. El será vuestro consuelo, vuestro Descanso” (Obreros evangélicos, p. 39).

CONCLUSIÓN

¡Qué gran obra fue confiada a los padres! Ellos deben trabajar teniendo en mente la cosecha futura. En muchas situaciones podrán sentir desánimo y hasta derramar lágrimas, pues puede ser que no todo ocurra como desean, pero en esos momentos cuán valiosa es la oración. Los resultados tardíos no deben desanimarlos ni impedirles la siembra.

“[Los padres] Deben hacerlo a orillas de todas las aguas, aprovechando toda oportunidad de perfeccionarse y de beneficiar a sus hijos. Una siembra tal no se hará en vano. Al tiempo de la siega muchos padres fieles volverán con regocijo trayendo sus gavillas” (El hogar cristiano, p. 483).



LA MISIONERA DEL HOGAR

Texto base: “Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada; y su marido también la alaba; Muchas mujeres hicieron el bien; mas tú sobrepasas a todas” (Proverbios 31:28, 29)

INTRODUCCIÓN

Hay una frase famosa que dice: “por detrás de un gran hombre, siempre hay una gran mujer”. Muchas veces decimos eso al referirnos a la influencia de la esposa sobre el marido, pero muchas veces también con relación a la influencia de la madre sobre los hijos. No es difícil verlo en la vida de Moisés, el líder del pueblo de Israel, y de Aarón, su hermano elegido como el primer sumo sacerdote en Israel. Ambos fueron educados por la fiel Jocabed, que tuvo el valor de desafiar la más cruel ley de Egipto para ofrecer a sus hijos la mejor educación posible frente a las circunstancias en las que se encontraba.

Algunas madres de levitas y sacerdotes en la Biblia pueden enseñar lecciones a las madres del siglo XXI. Así como la influencia de la madre en la formación de jóvenes levitas era esencial en la época de Israel, tal vez las madres ejerzan una influencia aún más fuerte en la formación de sus hijos todavía hoy.

I. DOS EJEMPLOS BÍBLICOS

1. Elisabet: Cada sacerdote que ejercía su función en el santuario tenía una esposa, y cada hijo que era preparado para el sacerdocio tenía una madre educadora que ejercía una influencia importantísima en su vida. Y con seguridad ese fue el caso de Elisabet, esposa de Aarón



(ver Éxodo 6:23). Su historia no se detalla en la Biblia, pero seguramente ella desempeñó un papel importante en la preparación de su esposo y de sus cuatro hijos para el sacerdocio en Israel. Su nombre se menciona rápidamente, pero la conducta de sus hijos y el resultado de la educación que recibieron de ella puede verse en la historia bíblica.

Cuando Dios instituyó los levitas para el sacerdocio y designó que solo de la descendencia de Aarón debía elegirse el sumo sacerdote, podemos entender que en ese momento su familia era la mejor preparada para esa función y recibió una posición de honor delante de Dios y del pueblo. Seguramente Elisabet en gran parte era responsable por eso.

Sin embargo, no mucho tiempo después, dos de sus hijos, Nadab y Abiú, fueron un ejemplo negativo y trajeron vergüenza a la familia. A pesar de haber sido preparados para el oficio sagrado, fueron negligentes e irreverentes con las cosas de Dios y fueron muertos (ver Levítico 10). Eleazar e Itamar, los hijos que quedaron, sirvieron al Señor toda su vida. Eleazar fue el sucesor de Aarón como sumo sacerdote después de su muerte, e Itamar desempeñó una función importante como supervisor de las actividades de los Gersonitas y Meraritas (ver Números 4:28, 33), otros dos linajes de la tribu de Leví que actuaban en el santuario.

2. Ana: Otro ejemplo de una madre que preparó a su hijo para servir a Dios por toda su vida fue Ana. Aun antes del nacimiento de Samuel, ella hizo un voto y lo dedicó a Dios. A pesar de que el voto le trajo consecuencias difíciles para su vida, porque significaba separarse de Samuel mientras él todavía era un niño, ella fue fiel a su promesa. Y no solo eso, sino hizo todo lo que estaba a su alcance para que, en los pocos años que lo tendría a su lado, fuera preparado de la mejor manera posible.



¿Y cuáles fueron los resultados de los esfuerzos y el sacrificio de Ana? Samuel estuvo en una de las posiciones de mayor responsabilidad que un líder en Israel podría ser colocado. Durante la época que vivió en Silo, la familia sacerdotal, Elí y sus hijos, estaba lejos del ideal de Dios, y por eso, perdió el privilegio de seguir en el sacerdocio. En un momento en que Israel pasaba una de sus mayores crisis espirituales, Samuel, todavía joven, fue usado por Dios para realizar una reforma espiritual en la nación y terminó asumiendo el liderazgo como juez, profeta y sacerdote (ver Patriarcas y profetas, p. 654) a pesar de no ser de la tribu de Leví.

II. LA MISIONERA DEL HOGAR

Cuando miramos historias como esa parece que, desde aquella época, la función de la madre no era muy exaltada por los hombres, pero con seguridad era exaltada por Dios. Así como Elisabet y Ana, que criaron a sus hijos para servir a Dios, nosotras, las madres, todavía hoy tenemos esa misión como la primera y la más noble.

“Si entran en la obra hombres casados, dejando a sus esposas en casa para que cuiden a los niños, la esposa y madre está haciendo una obra tan grande e importante como la que hace el esposo y padre. Mientras que el uno está en el campo misionero, la otra es misionera en el hogar, y con frecuencia sus ansiedades y cargas exceden en mucho a las del esposo y padre. La obra de la madre es solemne e importante, a saber, la de amoldar las mentes y formar el carácter de sus hijos, prepararlos para ser útiles en esta vida, e idóneos para la venidera, inmortal.

“El esposo puede recibir honores de los hombres en el campo misionero, mientras que la que se afana en casa no recibe reconocimiento terreno alguno por su labor; pero



si trabaja en pro de los mejores intereses de su familia, tratando de formar su carácter según el Modelo divino, el ángel registrador la anotará como uno de los mayores misioneros del mundo” (El evangelismo, p. 490).

La madre es la misionera del hogar. Al asumir esa función, ella trabaja directamente para Dios, preparando a sus propios hijos para que un día sean misioneros y le sirvan.

Muchas veces, el mundo nos reclama y nos hace pensar que relacionarse con personas extrañas y tal vez ser bien reconocida en un empleo dará mayores recompensas que permanecer en el hogar. Pero Dios continúa recordando que nada es más importante que preparar a nuestros hijos para servirlo. Hasta los ángeles del cielo desearían desempeñar esa misión. Si nuestra rutina de trabajo, nuestras actividades en la comunidad y hasta en la iglesia nos hacen descuidar a nuestros hijos, no estamos cumpliendo el propósito de Dios para nosotros.

“Al rey en su trono no incumbe una obra superior a la de la madre. Esta es la reina de su familia. A ella le toca modelar el carácter de sus hijos, a fin de que sean idóneos para la vida superior e inmortal. Un ángel no podría pedir una misión más elevada; porque mientras realiza esta obra la madre está sirviendo a Dios. Si tan sólo comprende ella el alto carácter de su tarea, le inspirará valor. Percátese del valor de su obra y vístase de toda la armadura de Dios a fin de resistir a la tentación de conformarse con la norma del mundo. Ella obra para este tiempo y para la eternidad” (El hogar cristiano, p. 206).

III. SU MISIÓN: ENSEÑAR A SERVIR

La madre como misionera no solo debe impedir que las actividades y compromisos externos obstaculicen la



misión, sino debe impedir también que las propias actividades del hogar la distraigan en la educación de los hijos.

Muchas veces, atareadas con los quehaceres del hogar, las madres pueden perder de vista su misión mayor: la preparación de los hijos. Su trabajo no debe ser el de una empleada doméstica que pasa todo el día dedicada a la limpieza, a cocinar y lavar la ropa. Todas estas actividades son parte de la escuela misionera donde sus hijos serán alumnos desde el nacimiento. Al enseñarles a servir en el hogar, los hijos estarán aprendiendo a servir a los demás.

Recuerden la experiencia de Ana y su hijito. Samuel no podría haber sido útil como lo fue en el santuario, a una edad tan tierna, si primero no hubiera aprendido a servir en el hogar. Por lo tanto, las madres no deben consumirse en las tareas domésticas, sino integrar a los hijos para que, en el proceso de servir en el hogar, ellos tengan la oportunidad de aprender a servir allá fuera.

IV. LA PREPARACIÓN DE LA MADRE

“La esposa y madre no debe sacrificar su fuerza ni dejar dormir sus facultades apoyándose por completo en su esposo. La individualidad de ella no puede fundirse en la de él. Debe considerar que tiene igualdad con su esposo, que debe estar a su lado permaneciendo fiel en el puesto de su deber y él en el suyo. Su obra en la educación de sus hijos es en todo respecto tan elevadora y ennoblecedora como cualquier puesto que el deber de él le llame a ocupar, aun cuando fuese la primera magistratura de la nación” (El hogar cristiano, p. 206). Una de las razones por las que muchas madres se frustran en su función de “madre” es porque no tienen tiempo para estudiar y prepararse para educar a los hijos. Se sienten



en la obligación de mantener el hogar arreglado para el esposo o para las visitas y dedican la mayor parte del tiempo a eso, pero terminan descuidando su propia educación como madres, y por eso no sienten satisfacción en su misión.

Dios desea que la madre tenga tiempo para estudiar y prepararse para educar a los hijos. Desea que ella estudie el carácter de cada uno y los mejores métodos para alcanzar su corazón y prepararlos para servir a Dios.

“El mundo necesita madres que lo sean no sólo de nombre sino en todo sentido de la palabra. Puede muy bien decirse que los deberes distintivos de la mujer son más sagrados y santos que los del hombre. Comprenda ella el carácter sagrado de su obra y con la fuerza y el temor de Dios, emprenda su misión en la vida. Eduque a sus hijos para que sean útiles en este mundo y obtengan un hogar en el mundo mejor” (El hogar cristiano, p. 206).

V. LA “REINA” DEL HOGAR

La expresión “reina del hogar” muchas veces se atribuye a las madres en un contexto muy estrecho. Ella es la reina porque trabaja mucho y, por lo tanto, debe tratarse con dignidad, lo que es verdad y justo. Pero, Dios nos invita a ser reinas del hogar no solo por nuestra función, sino por la influencia que nuestra conducta puede ejercer sobre nuestros hijos.

En el libro *El hogar cristiano*, p. 207, leemos: “La madre es la reina del hogar, y los niños son sus súbditos. Ella debe gobernar sabiamente su casa, en la dignidad de su maternidad. Su influencia en el hogar ha de ser suprema; su palabra, ley. Si ella es cristiana, bajo la dirección de Dios, conquistará el respeto de sus hijos”.

“El respeto de sus hijos” es algo que la madre debe



conquistar. En otras palabras, si la madre desea que sus hijos la respeten como una reina, ella tiene que enseñar ese respeto y no simplemente esperar recibirlo. ¿Y cómo lo logra? Gobernando su hogar sabiamente y con dignidad, imponiendo su voluntad y sus palabras a sus hijos bajo la autoridad de Dios, o sea, con su espíritu de amor.

CONCLUSIÓN

Al reconocer una responsabilidad tan grande, a veces podemos sentirnos desanimadas. Pero el secreto de alcanzar ese ideal de Dios es estar en comunión constante con él. Las madres necesitan comenzar y terminar el día con Dios, deben tenerlo como su ayudador constante, porque ellas serán el mayor poder de influencia en la vida de los hijos.

“[El hijo] queda más impresionado por la vida y el ejemplo de la madre que por la del padre, porque aquella y el niño se ven unidos por un vínculo más fuerte y tierno” (El hogar cristiano, p. 215).

La madre no puede apoyarse en la experiencia cristiana de su esposo. Ella necesita buscar individualmente a Dios para fortalecerse y cumplir su misión en la educación de los hijos. También tiene que ser capaz de liderar como sacerdotisa del hogar en ausencia del padre. Para lograrlo necesita tener su propia experiencia con Dios.

Queridas madres, que hoy tomemos el primer paso para asumir la función que Dios nos designó a cada una, y a través de nuestra comunión con Dios, busquemos sabiduría y fuerza para cumplir esa misión. Nuestro trabajo podrá no ser tan reconocido y valorado en este mundo, pero en el cielo tendremos la mayor satisfacción de todas al oír las palabras de reconocimiento de Dios.



EDUCANDO LEVITAS

Texto base: “Así apartarás a los levitas de entre los hijos de Israel, y serán míos los levitas” (Números 8:14).

INTRODUCCIÓN

En el último mensaje de esta serie entendimos un poco mejor la función y la responsabilidad de la madre en el hogar. Como misionera del hogar, su prioridad es educar a los hijos para servir a Dios. Como levitas, los futuros sacerdotes del hogar, y como futuras misioneras del hogar, nuestros hijos e hijas deben ser educados para servir a Dios. Y ¿cómo podemos educarlos para eso? ¿Qué tipo de educación deben recibir?

I. EDUCANDO PARA LA MISIÓN

Hasta en la vida de Jesús, que era el hijo de Dios, la educación que le ofrecieron sus padres terrenales fue esencial en la preparación para la misión. Dios podría haberlo enviado ya adulto, sabiendo de todo, pero él eligió enviarlo como un niño indefenso, que necesitaba de la supervisión y del cariño de los padres. Y la experiencia de sumisión y dependencia a sus padres terrenales le enseñó a desarrollar sumisión y dependencia de su Padre celestial.

“Jesús recibió su educación en el santuario del hogar, no meramente de sus padres, sino de su Padre celestial. Al crecer, Dios le explicó más y más la gran obra que había delante de él. Pero a pesar de su conocimiento de esto, no se dio aires de superioridad. Nunca causó pena o ansiedad a sus padres... Se gozaba honrándolos y obedeciéndolos. Aunque no ignoraba su gran misión, consultaba los deseos de ellos y se sometía a su autoridad” (A fin de conocerlo, p. 32).



Samuel también fue un buen ejemplo de alguien que fue educado para una misión especial. En el inicio de su vida, recibió de su madre Ana instrucciones que perduraron por toda su vida y definieron su futuro y el futuro de toda la nación de Israel a través de su influencia. Para prepararlo para esa misión, Ana siguió los planes de Dios para su educación.

“Durante los tres primeros años de la vida del profeta Samuel, su madre le enseñó cuidadosamente a distinguir entre el bien y el mal. Usando cada objeto familiar que lo rodeaba, procuró dirigir sus pensamientos hacia el Creador. En cumplimiento de su voto de entregar su hijo al Señor, con gran abnegación lo colocó bajo el cuidado de Elí, el sumo sacerdote, para ser preparado para el servicio en la casa de Dios... Su primera educación lo indujo a mantener su integridad cristiana. ¡Qué recompensa recibió Ana! ¡Y qué estímulo a la fidelidad es su ejemplo!” (La conducción del niño, p. 181).

II. ESTABLECIENDO EL FUNDAMENTO, CRISTO

Ana nos dejó un gran ejemplo como madre. En la educación del pequeño Samuel, el conocimiento de Dios era su prioridad.

(Leer 1 Corintios 3:11.)

Así como Cristo es el fundamento o cimiento de nuestra fe, y de todo lo importante para nosotros, Cristo también debe ser la base de la educación de nuestros hijos.

1. Enseñar sobre Cristo: Si queremos construir un carácter sólido en nuestros hijos, debemos comenzar llevándolos a Cristo. Cuando todavía son bebés, nuestros hijos necesitan adquirir el conocimiento de la persona de Jesucristo. Ellos necesitan aprender a



confiar en él y tenerlo como un ayudador real en su vida.

“Los padres y madres debieran enseñar del amor de Jesús a las criaturas, los niños y los jóvenes. Sean de Cristo los primeros balbuceos del nene. [...] Uno de los primeros sonidos que debiera llamar la atención es el nombre de Jesús y en sus más tiernos años debieran ser conducidos al escabel de la oración. Su mente debiera ser llenada con los relatos de la vida del Señor y su imaginación despertada con la descripción de las glorias del mundo venidero” (La conducción del niño, p. 460, 461).

En la educación de los hijos, Jesús necesita estar presente en todo momento, no solo en los momentos de estudio y oración, sino también en las actividades diarias. Una de las herramientas más eficaces que Dios nos dio para lograrlo fue la naturaleza.

La naturaleza nos fue dada como una de los “libros” en el cual los niños pueden aprender de Dios, pues Dios se revela a nosotros a través de la naturaleza. En el libro La educación, página 100, leemos:

“Para el niño que aún no es capaz de captar lo que se enseña por medio de la página impresa o de ser iniciado en la rutina del aula, la naturaleza presenta una fuente infalible de instrucción y deleite. El corazón que aún no ha sido endurecido por el contacto con el mal es perspicaz para reconocer la Presencia que penetra todas las cosas creadas”.

A través de la naturaleza pueden conocer el carácter de Dios: su amor, su sabiduría y su poder (ver Patriarcas y profetas, p. 69, 70).“Así pueden aprender a verle en el árbol y en la vid, en el lirio y en la rosa, en el sol y en la estrella. Pueden aprender a oír su voz en el canto de los pájaros, en el murmullo de los árboles, en el ruido del trueno y en la música del mar” (La educación, p. 120).



2. Ser un ejemplo de Cristo: Más que enseñar a nuestros hijos sobre Cristo, tenemos que recordar que nosotros, los padres, somos sus representantes. La imagen que nuestros hijos tienen de Dios en los primeros años está en gran parte asociada a la imagen que tienen de nosotros. Por eso, debemos ser cuidadosos al educar a nuestros hijos, no solo por medio de la enseñanza que les ofrecemos, sino también por el ejemplo que les damos.

“Se debe a los padres mayor grado de amor y respeto que a ninguna otra persona. Dios mismo, que les impuso la responsabilidad de guiar las almas puestas bajo su cuidado, ordenó que, durante los primeros años de la vida, los padres estén en lugar de Dios respecto a sus hijos” (El hogar adventista, p. 265).

“Dichosos los padres cuya vida es un reflejo fiel de la vida divina, de modo que las promesas y los mandamientos de Dios despierten en los hijos gratitud y reverencia; dichosos los padres cuya ternura, justicia y longanimidad interpreten fielmente para el niño el amor, la justicia y la paciencia de Dios; dichosos los padres que, al enseñar a sus hijos a amarlos, a confiar en ellos y a obedecerles, les enseñen a amar a su Padre celestial, a confiar en él y a obedecerle. Los padres que hacen a sus hijos semejante dádiva los enriquecen con un tesoro más precioso que los tesoros de todas las edades, un tesoro tan duradero como la eternidad” (El ministerio de curación, p. 291).

III. EDIFICANDO LAS PAREDES DEL CARÁCTER

Ya vimos que Cristo debe ser el fundamento de nuestro carácter. Una vez que establecemos el cimiento de la casa espiritual de nuestros hijos a través del con-



ocimiento de Cristo, pasamos a una fase nueva: la construcción de las paredes.

(Leer 1 Pedro 2:5).

Leemos en el libro *La conducción del niño*, p. 150, 151: “En extenso grado, cada uno es arquitecto de su propio carácter. Cada día la estructura se acerca más a su terminación. La Palabra de Dios nos amonesta a prestar atención a cómo edificamos, a cuidar de que nuestro edificio esté fundado en la Roca eterna. Se acerca el momento en que nuestra obra quedará revelada tal cual es. Ahora es el momento en que todos han de cultivar las facultades que Dios les ha dado y formar un carácter que los haga útiles aquí y alcanzar la vida superior más allá”.

“La fe en Cristo como Salvador personal dará fuerza y solidez al carácter. Los que tienen verdadera fe en Cristo, serán serios, recordando que el ojo de Dios los ve, que el Juez de todos los hombres pesa el valor moral, que los seres celestiales observan qué clase de carácter están desarrollando”.

Como padres cristianos, a veces nos preocupamos si nuestros hijos abandonarán a Dios en los años de la adolescencia y juventud. Si nosotros los ayudamos a construir paredes fuertes en su carácter que resistirán las pruebas del enemigo, podemos descansar en Dios y saber que él será el ayudador de nuestros hijos. Necesitamos ayudarlos a ser cristianos genuinos desde temprano. Que su experiencia con Cristo sea tan real en los primeros años que a medida que crecen sea natural permanecer fieles a él.

Los niños deben desarrollar el hábito de alimentarse diariamente de la Palabra de Dios a través del culto familiar, y a medida que van creciendo, desarrollar su devoción personal. Necesitan aprender a orar sin cesar,



llevar a Dios cada pequeña ansiedad y problema y confiar que él responderá sus oraciones.

Desarrollando esos hábitos de comunión con Dios, nuestros hijos comenzarán a ser un testimonio a los que están a su alrededor. La luz del Cielo será reflejada en su vida a través de los actos de bondad que practican. Al desarrollar en su vida el hábito de estudiar la Biblia y orar, el resultado será una vida de testimonio y servicio a otros.

IV. UN CARÁCTER APROBADO POR EL CIELO

Nada debería ser más deseado por nuestros hijos que el regreso de Jesús y la oportunidad de vivir eternamente con él. Ese día, el carácter de cada uno ya deberá estar formado, y nosotros, padres, tenemos la oportunidad de hacerlo ahora.

“Los padres crean en extenso grado la atmósfera que reina en el círculo del hogar, y donde hay desacuerdo entre el padre y la madre, los niños participan del mismo espíritu. Impregnad la atmósfera de vuestro hogar con la fragancia de un espíritu tierno y servicial. Si os habéis convertido en extraños y no habéis sido cristianos de acuerdo con la Biblia, convertíos; porque el carácter que adquiráis durante el tiempo de gracia será el carácter que tendréis cuando venga Cristo. Si queréis ser santos en el cielo, debéis ser santos primero en la tierra. Los rasgos de carácter que cultivéis en la vida no serán cambiados por la muerte ni por la resurrección. Saldréis de la tumba con la misma disposición que manifestasteis en vuestro hogar y en la sociedad. Jesús no cambia nuestro carácter al venir. La obra de transformación debe hacerse ahora. Nuestra vida diaria determina nuestro destino” (El hogar cristiano, p.16).



A través del Espíritu Santo, Dios está con nosotros durante todo este recorrido de formación del carácter de nuestros hijos. Él nos capacita a pasar por cada una de las etapas de su desarrollo, si le permitimos que actúe en nuestra vida y nos colocarnos en sus manos.

“Dios nos da fortaleza, razonamiento y tiempo, a fin de que edifiquemos caracteres que él pueda aprobar. Quiere que cada uno de sus hijos edifique un carácter noble, realizando obras puras y nobles, para que al final pueda presentar una estructura simétrica, un hermoso templo, honrado por el hombre y Dios” (La conducción del niño, p.152).

CONCLUSIÓN

Así como Samuel, nuestros hijos saldrán un día del santuario del hogar para servir a Dios donde él los llame y nosotros padres debemos ser una de las influencias más fuertes en su preparación.

“Los padres deben saber cómo pueden enviar del santuario del hogar a sus hijos e hijas criados de tal modo que puedan brillar como luces en el mundo. Debemos comprender la división del trabajo y la manera en que cada ramo de la obra debe ser desempeñado. Cada cual debiera saber qué parte le toca en este trabajo, a fin de que la armonía de propósito y de acción sea mantenida en el trabajo de todos” (Joyas de los testimonios, t. 3, p. 322).

Que Dios nos ayude en esta noble misión de construir el carácter de nuestros hijos preparándolos para un día recibir la aprobación de Dios.



EL SANTUARIO Y LAS FINANZAS DE LA FAMILIA

Texto base: “Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10).

INTRODUCCIÓN

En esta serie de los Miércoles de poder, aprendimos importantes lecciones sobre el santuario del hogar, y la familia. Hoy analizaremos un aspecto de la vida familiar que muchas veces ha sido descuidado: las finanzas. A pesar de parecer que las finanzas tienen que ver solo con el aspecto material de la vida familiar, podemos aprender grandes lecciones espirituales y de dependencia de Dios a través de las finanzas. Dios desea que la familia tenga una vida financiera equilibrada y bendecida, y para eso estableció medios.

Los diezmos y las ofrendas fueron instituidos por Dios para beneficio del hombre. Esos medios se destinaban a impresionar la mente de los hombres para que reconocieran que todas las cosas provienen de él, y para que sean agradecidos por su providencia. “En esta forma se le recordaba constantemente al pueblo que Dios era el verdadero propietario de todos sus campos, rebaños y manadas; que él les enviaba la luz del sol y la lluvia para la siembra y para la siega, y que todo lo que poseían era creación de Aquel que los había hecho administradores de sus bienes” (Patriarcas y profetas, p. 565).

En el libro *El hogar cristiano*, p. 332, dice “Todo lo que tenemos es depósito suyo para ser usado de acuerdo con sus indicaciones”. Dios desea participar en las deci-



siones financieras de la familia. Como dueño de todo, sabe más que nadie la mejor manera de administrar las posesiones que nos confió. Por eso necesitamos buscar su orientación en esa área.

I. EL YO, NUESTRO MAYOR ENEMIGO

El deseo creciente que tenemos de ganar dinero, el egoísmo y todo lo que produce ha disminuido en gran medida nuestra espiritualidad. Aparta de nuestra vista las necesidades del prójimo e impide que Dios derrame sus bendiciones sobre nosotros.

“No tenemos ningún enemigo exterior a quien debemos temer. Nuestro gran conflicto lo tenemos con nuestro yo no consagrado. Cuando dominamos el yo somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó” (Consejos sobre mayordomía cristiana, p. 24).

El objetivo de Satanás es llevar a los hombres a poner el “yo” en primer lugar. Así, el “yo” pasa a tener el control de toda la vida y llena el mundo de miseria, luchas y discordia entre las personas. En el proceso de la santificación obrado por Cristo en nosotros, Cristo es puesto en el trono que una vez ocupaba el “yo”, por la condescendencia propia y por el amor a los tesoros terrenales. La imagen de Cristo queda estampada en nuestro rostro y el egoísmo no tiene lugar en la vida porque surge una nueva criatura.

II. EL MÉTODO DE DIOS PARA TRANSFORMARNOS

“La generosidad es el espíritu del cielo” (Consejos sobre Mayordomía, p.8). El principio del Cielo es dar, donar a través de real beneficencia y buenas obras. En gran contraste, hoy encontramos que el principio es adquirir y adquirir. Así, cuando buscamos felicidad, como resul-



tado recogemos miseria y muerte en todos los aspectos.

“Él ha puesto recursos en las manos de los hombres, para que sus dones fluyan por canales humanos al cumplir la obra que nos ha asignado en lo que se refiere a salvar a nuestros semejantes. Este es uno de los medios por los cuales Dios eleva al hombre. Es exactamente la obra que conviene a éste; porque despierta en su corazón las simpatías más profundas y le mueve a ejercitar las más altas facultades de la mente” (Consejos sobre mayordomía cristiana, p. 17).

Mientras el enemigo pone egoísmo dentro del corazón del hombre, Dios nos ofrece la oportunidad de ser abnegados. Los niños aprenden a ser abnegados en los pequeños actos de cada día, siendo obedientes a los padres, ayudando en el hogar y siendo bondadosos con otros. Esas pequeñas oportunidades, agregadas al conocimiento que reciben de Cristo, los ayudarán a desarrollar ese espíritu de liberalidad y abnegación que es el espíritu del Cielo.

III. EL PLAN FINANCIERO DE DIOS

Hoy la obra del evangelio se extendió mucho y requiere una inversión mayor para sostenerla de lo que se necesitaba en el pasado. Dios sería honrado y muchas personas serían ganadas para Cristo si nosotros, como su pueblo, trajéramos liberalmente para su causa, en vez de preocuparnos en cómo conseguir los fondos necesarios y a veces hasta usar métodos no cristianos a fin de adquirir recursos para su obra.

“Para que el hombre no perdiese los preciosos frutos de la práctica de la beneficencia, nuestro Redentor concibió el plan de hacerle su colaborador. Dios habría podido salvar a los pecadores sin la colaboración del hombre; pero sabía que el hombre no podría ser feliz sin



desempeñar una parte en esta gran obra” (Consejos sobre mayordomía cristiana, p. 15).

Analicemos cómo era el sistema de donación sistemática de Israel. ¿Qué podemos aprender de él para nuestra vida hoy?

“Las contribuciones que se les exigían a los hebreos para fines religiosos y de caridad representaban por lo menos la cuarta parte de su renta o entradas. Parecería que tan ingente leva de los recursos del pueblo hubiera de empobrecerlo; pero, muy al contrario, la fiel observancia de estos reglamentos era uno de los requisitos que se les imponía para tener prosperidad. A condición de que le obedecieran, Dios les hizo esta promesa: “Increparé también por vosotros al devorador, y no os corromperá el fruto de la tierra; ni vuestra vid en el campo abortará.... Y todas las gentes os dirán bienaventurados; porque seréis tierra deseable, dice Jehová de los ejércitos” Malaquías 3:11, 12” (Patriarcas y profetas, p. 566).

Según el pensamiento humano, dedicar veinticinco por ciento de las entradas a Dios puede parecer un absurdo, pero en el pensamiento divino, no solo era lo correcto, sino era una fuente de bendiciones para quienes tenían el coraje de seguirlo. Vemos que dentro de ese plan financiero quedaban suplidas todas las necesidades del trabajo de evangelismo, de la ayuda al prójimo y del crecimiento espiritual de la familia.

1. Primero el diezmo, después las ofrendas para la casa de Dios. “El asunto de la dadivosidad no ha sido librado al impulso. Dios nos ha dado instrucciones definidas concernientes a él. Ha especificado que los diezmos y las ofrendas constituyen nuestra obligación, y desea que demos en forma regular y sistemática... Que cada uno examine periódicamente sus entradas, las que constituyen una bendición de Dios, y aparte



el diezmo para que sea del Señor en forma sagrada. Este fondo en ningún caso debería dedicarse a otro uso; debe dedicarse únicamente para el sostén del ministerio evangélico. Después de apartar el diezmo hay que separar los donativos y las ofrendas, ‘según haya prosperado’ Dios” (Consejos sobre mayordomía cristiana, p. 86).

El diezmo no solo provee para las necesidades del trabajo de Dios, sino que nos ayuda a tener reglas en los gastos como familia. Aprender la diferencia entre necesidades y deseos es muy importante para el hogar. El dinero que Dios pide nunca nos priva de lo que es necesario, sino ayuda a entender lo que debe ser considerado esencial en la vida y lo que es superfluo y no necesario.

Según la cita también las ofrendas deben ser proporcionales “según haya prosperado Dios”. Eso nos indica que debería ser separado un porcentaje para las ofrendas en la iglesia, o sea, un pacto. Analizando la forma cómo Israel recibió instrucciones se separar sus donativos, como veremos más adelante, comprendemos que por lo menos cinco por ciento de las entradas era dedicado a las ofrendas voluntarias.

“El primer día de la semana, cada uno de vosotros ponga aparte algo, para guardarlo, según haya prosperado.” Cada miembro de la familia, desde el mayor hasta el menor, puede tomar parte en esta obra de benevolencia. ... El plan de la benevolencia sistemática* resultará para cada familia en una salvaguardia contra las tentaciones a gastar recursos en cosas innecesarias, y será especialmente una bendición para los ricos al guardarlos de cometer prodigalidades” (El hogar cristiano, 333).

2. Fiestas religiosas (ver Deuteronomio 14:24, 25). En la planificación financiera de Israel, un segundo diezmo, o sea, más del diez por ciento de las entradas deberían usarlo para dos propósitos específicos. En el



libro Patriarcas y profetas, página 570, leemos: “A fin de fomentar las reuniones del pueblo para los servicios religiosos y también para suplir las necesidades de los pobres, se le pedía a Israel que diera un segundo diezmo de todas sus ganancias”.

“Y acerca del segundo diezmo mandó: “Y comerás delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escogiere para hacer habitar allí su nombre, el diezmo de tu grano, de tu vino, y de tu aceite, y los primerizos de tus manadas, y de tus ganados, para que aprendas a temer a Jehová tu Dios todos los días.” Deuteronomio 14:23.

“Durante dos años debían llevar este diezmo o su equivalente en dinero al sitio donde estaba el santuario. Después de presentar una ofrenda de agradecimiento a Dios y una porción específica para el sacerdote, el ofrendante debía usar el remanente para un festín religioso, en el cual debían participar los levitas, los extranjeros, los huérfanos y las viudas. Se proveía así para las ofrendas de gracias y los festines de las celebraciones anuales, y el pueblo había de frecuentar la compañía de los sacerdotes y levitas, a fin de recibir instrucción y ánimo en el servicio de Dios” (Patriarcas y profetas, p. 570).

Hoy no observamos las fiestas religiosas como el pueblo de Israel las observaba. Pero, podemos invertir en oportunidades que también proveen el crecimiento espiritual. Cuando invertimos dinero para que nuestra familia participe de congresos, capacitaciones de la iglesia y encuentros especiales, estamos ofrendando a Dios, así como Israel lo hacía en el pasado. Cuando invertimos dinero en la compra de lecciones de la Escuela Sabática, devocionales y libros que alimentarán a nuestra familia espiritualmente, estamos ofrendando a Dios y proveyendo a nuestra familia oportunidades para el crecimiento espiritual.

En el libro Servicio cristiano, página 264, se nos ad-



vierte: “Algunos, por temor a sufrir la pérdida del tesoro terrenal, descuidan la oración y el reunirse con los demás para el culto de Dios, a fin de tener más tiempo para dedicar a sus granjas o a sus negocios. Muestran por sus obras sobre qué mundo colocan su más alta estima. Sacrifican los privilegios religiosos, que son esenciales para su progreso espiritual, por las cosas de esta vida, y dejan de obtener un conocimiento de la voluntad divina. No alcanzan a perfeccionar un carácter cristiano, y no llegan a la medida de Dios. Ponen en primer lugar sus intereses temporales y mundanos, y despojan a Dios del tiempo que deberían dedicar a su servicio. A tales personas Dios las señala, y recibirán una maldición en vez de una bendición”.

3. Ofrenda para los pobres. “Pero cada tercer año este segundo diezmo había de emplearse en casa, para agasajar a los levitas y a los pobres, como dijo Moisés: “Y comerán en tus villas, y se saciarán.” Deuteronomio 26:12. Este diezmo había de proveer un fondo para los fines caritativos y hospitalarios” (Patriarcas y profetas, p. 570).

“Dios nos imparte su bendición para que podamos compartir lo que tenemos con otros. [...] Cuando pedís al Señor vuestro pan cotidiano, él mira directamente vuestro corazón para ver si lo compartiréis con otros que tienen más necesidad que vosotros mismos. Cuando oráis: ‘Dios, sé propicio a mí, pecador’, él observa para ver si manifestaréis compasión con vuestros asociados. La evidencia de nuestra conexión con Dios se manifiesta en que somos misericordiosos, así como nuestro Padre que está en el cielo es misericordioso. Si le pertenecemos, haremos gozosamente lo que él nos ordena, aunque esto implique inconvenientes y aunque contraríe nuestros sentimientos” (Consejos sobre mayordomía cristiana, 170).



“[...] toda partícula de egoísmo tendrá que ser expelida del alma. En el cumplimiento de la obra que él confió a nuestras manos, será necesario que demos cada jota y tilde que podamos ahorrar de nuestros recursos. [...] Al despilfarrar dinero en lujos se priva a los pobres de los recursos necesarios para suplirles alimentos y ropas. Lo gastado para complacer el orgullo, en vestimenta, edificios, muebles y adornos, aliviaría la angustia de muchas familias pobres y dolientes. Los mayordomos de Dios han de servir a los menesterosos” (El hogar cristiano, p. 335).

Si como Israel deseamos tener la oportunidad de practicar la abnegación y expulsar de nuestro corazón todo egoísmo, deberíamos planificar separar de nuestras ganancias una ofrenda especial para ayudar a los pobres y necesitados. Quién sabe, tal vez proveyendo específicamente para los proyectos de ASA en su iglesia o ayudando a alguna familia necesitada. Esa es una lección que debemos practicar y enseñar a nuestros hijos para que la plantita del egoísmo no reine en nuestro corazón. Cuánto más comprendemos que el bien que hacemos a otros también lo hacemos a Dios (Ver Mateo 25:40) comprenderemos mejor la santidad de la abnegación.

VI. ENSEÑEMOS A LA FAMILIA A OFRENDAR

A los padres nos corresponde enseñar y orientar a nuestros hijos sobre el servicio con el trabajo útil y la beneficencia desinteresada. “Por una vida tal, demuestran el verdadero valor del dinero, que debe ser apreciado únicamente por el bien que realizará al aliviar las necesidades propias y ajenas y al adelantar la causa de Dios” (El hogar cristiano, p. 355).



“Cada semana lo que Dios requiere de cada familia debe ser recordado por cada uno de sus miembros para cumplir plenamente el plan; y en la medida en que se haya negado alguna cosa superflua a fin de tener recursos que poner en la tesorería, quedarán inculcadas en su corazón lecciones valiosas en cuanto a ser abnegados para gloria de Dios” (El hogar cristiano, p. 334).

Esos textos nos enseñan la mejor manera de enseñar a nuestros hijos a ofrendar de corazón, no darles dinero para que simplemente lo depositen en la cestita de la iglesia. Al motivarlos a separar la ofrenda de su propio dinero que adquirieron por los pequeños servicios prestados al prójimo o que ganaron como regalo, ellos comprenderán mejor el sentido de la palabra sacrificio, pues eso exigirá de ellos abnegación. Al enseñarles a economizar, tal vez dejar de comprar algo personal para contribuir en la iglesia, estaremos inculcando en ellos el mismo espíritu de abnegación que dominaban las acciones de Jesús.

CONCLUSIÓN

Por la compasión de Dios por nosotros y considerando nuestra condición caída, él presenta sus órdenes como promesas y nos invita a aprobarlas, declarando que recompensará la obediencia con las más ricas bendiciones. Tenemos una gran necesidad de aprender a confiar en Dios y tener una experiencia íntima con él a través de nuestra fidelidad y la de nuestra familia.

“Nos estimula a darle y declara que lo que él nos retribuya estará en proporción con los donativos que le hagamos. “El que siembra escasamente, también segará escasamente” (2 Corintios 9:6). Dios no es injusto para que se olvide de vuestro trabajo y de vuestras acciones de amor.



“¡Cuán tierno y fiel es Dios con nosotros! Nos ha dado en Cristo las bendiciones más escogidas. Mediante él puso su firma en el contrato que ha hecho con nosotros” (Consejos sobre mayordomía, p. 96).



EL ALTAR DE LA FAMILIA

Texto base: “Y acontecía que habiendo pasado en turno los días del convite, Job enviaba y los santificaba, y se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días” (Job 1:5).

INTRODUCCIÓN

Vivimos en un mundo hoy que alega no necesitar a Dios. Algunos expresan esto ignorando completamente su existencia. Otros, hasta reconocen su existencia, pero niegan su interés en el mundo y creen que Dios nos creó y nos dejó que perezcamos sin esperanza.

Hay otra clase de personas, sin embargo, que profesa creer en la existencia de Dios y su cuidado, y además profesa seguirlo, pero en la práctica niega que necesita de él constantemente. No sienten que la comunión diaria con Dios es esencial para mantener la vida espiritual.

La presencia constante de Dios en la jornada del pueblo de Israel, a través de la columna de nube durante el día y la columna de fuego durante la noche, demuestra que Dios está constantemente a nuestra disposición. Él sabe que necesitamos constantemente de él y está siempre listo para ayudarnos.

Otra manera por la cual Dios demostró esto al pueblo de Israel fue a través del ritual del santuario. Patriarcas y profetas, en la página 365, dice: “Cada mañana y cada tarde, se ofrecía, sobre el altar un cordero de un año, con las oblaciones apropiadas de presentes, para simbolizar la consagración diaria a Dios de toda la nación y su constante dependencia de la sangre expiatoria de Cristo”.



I. LOS CULTOS DIARIOS

Diariamente, en dos horarios diferentes se realizaba en el santuario el servicio o culto diario. “El servicio diario consistía en el holocausto matutino y el vespertino, en el ofrecimiento del incienso en el altar de oro y de los sacrificios especiales por los pecados individuales” (Patriarcas y profetas, p. 365). Eso representaba la provisión perfecta que Dios hace al pecador para librarlo del pecado y proveer la salvación, protección constante, veinticuatro horas por día.

“Las horas designadas para el sacrificio matutino y vespertino se consideraban sagradas, y llegaron a observarse como momentos dedicados al culto por toda la nación judía. [...] En esta costumbre, los cristianos tienen un ejemplo para su oración matutina y vespertina. Si bien Dios condena la mera ejecución de ceremonias que carezcan del espíritu de culto, mira con gran satisfacción a los que le aman y se postran de mañana y tarde, para pedir el perdón de los pecados cometidos y las bendiciones que necesitan” (Patriarcas y profetas, p. 367).

Vemos que el acto del pueblo de Israel de reunirse en el santuario dos veces al día para participar de los sacrificios sagrados es para nosotros un ejemplo de que debemos prestar culto a Dios por la mañana y por la tarde en nuestros hogares. Nuestra familia no está segura sin la protección de Dios. Al fortalecernos en el estudio de la Palabra, con cantos y oraciones, estamos protegiendo nuestra familia contra las tentaciones del enemigo.

II. LA IMPORTANCIA DEL CULTO DIARIO

A pesar de que Jesús ya murió en la cruz para salvarnos de la maldición del pecado, como hijos suyos todavía estamos sujetos a las tentaciones y ataques del enemigo. Y esa es una de las razones por las que necesitamos par-



ticipar diariamente de ese acto de adoración, confesión de pecados y súplica por nuestras necesidades. El culto familiar deber ser para nosotros una oportunidad de consagración a Dios y una protección contra los ataques que el enemigo intenta hacer contra nuestra familia.

“En cierto sentido, el sacerdote de la casa, que presenta ante el altar de Dios el sacrificio matutino y vespertino. Se debiera alentar a la esposa y a los hijos a que se unan en esta ofrenda, y también a participar en las canciones de alabanza. En la mañana y en la tarde, como sacerdote de la familia, el padre debiera confesar a Dios los pecados cometidos por él mismo y por sus hijos durante el día. Los pecados que ha llegado a conocer, y también los que son secretos, de los que sólo Dios tiene conocimiento, debieran ser confesados” (Testimonios para la iglesia, t. 2, p. 617).

Un padre que asumió la función de sacerdote en el hogar e intercedía por sus hijos diariamente fue Job. La Biblia nos dice que: “E iban sus hijos y hacían banquetes en sus casas, cada uno en su día” (Job 1:4). Como un padre cuidadoso que amaba a sus hijos, Job temía que ellos pecaran y que pudieran olvidarlo, o demorar en ofrecer sacrificio por sus errores. Por esa razón, él “se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días” (Job 1:5).

Es interesante pensar que los hijos de Job ya eran adultos, y todavía así Job se preocupaba por su espiritualidad y los entregaba a Dios diariamente. Como padres nunca dejaremos de ser intercesores por nuestros hijos. Aun cuando ellos crecen y pasan a tomar sus decisiones solos, aun así, nuestra intercesión podrá proporcionarles grandes bendiciones en su vida.



III. ¿EN QUÉ DEBE CONSISTIR EL CULTO?

El culto del santuario incluía la confesión de los pecados sobre el animal y después el sacrificio del animal sobre el altar. Mientras tanto, dentro del santuario el sacerdote quemaba el incienso e intercedía por su pueblo. Después de estos rituales, los levitas cantaban, tocaban las trompetas y el sumo sacerdote que había quemado el incienso salía y con las manos extendidas pronunciaba bendiciones sobre el pueblo.

Las alabanzas, el estudio de la Biblia dinámico y la oración son los tres elementos fundamentales de un culto familiar. Ese estudio de la Biblia y las alabanzas deben realizarse de manera interesante usando ilustraciones y otros recursos apropiados para la edad de los niños. Pero, sobre esas actividades, lo que más importa a Dios es ver el corazón de cada miembro de la familia unido a él en devoción. Eso sube al cielo como un aroma suave y agradable a Dios.

ALABANZA.

“Por lo menos debieran cantarse unas pocas estrofas de un himno animado, y la oración debe elevarse corta y al punto. El que dirige en oración no debiera orar por todas las cosas, sino que debiera expresar sus necesidades con palabras sencillas y su alabanza a Dios con gratitud” (La conducción del niño, p. 494).

ESTUDIO DE LA BIBLIA.

“Elija el padre una porción de las Escrituras que sea interesante y fácil de entender; serán suficientes unos pocos versículos para dar una lección que pueda ser estudiada y practicada durante el día. Se pueden hacer algunas preguntas. Pueden presentarse a manera de ilustración unas pocas, serias e interesantes observaciones, cortas y al punto” (La conducción del niño, p. 494).



ORACIÓN.

“Hermanos, orad en casa, con la familia, día y noche; orad con sinceridad en vuestra habitación; mientras estéis ocupados en vuestras tareas diarias, elevad el alma a Dios en oración. De ese modo anduvo Enoc con Dios. La oración silenciosa y ferviente del alma se elevará como santo incienso hasta el trono de la gracia y será tan aceptable para Dios como si fuese ofrecida en el santuario. Para todos los que lo vuelcan así, Cristo es una ayuda presente en tiempos de necesidad” (Testimonios para la Iglesia, t.4, p. 604).

IV. EL CULTO DE LOS SÁBADOS

En muchos hogares donde los cultos se realizan diariamente existe la costumbre de no realizarlo los sábados porque la familia ya pasará toda la mañana en la iglesia. Sin embargo, de manera interesante vemos que los sábados el pueblo de Israel no reducía los cultos, sino los aumentaba.

(Leer Números 28:9, 10).

Tal vez eso nos indique que, al contrario de lo que muchas veces pensamos, aunque el sábado tengamos un culto adicional en la iglesia, debemos realizar nuestro culto familiar en el hogar.

Si existe un día en que el enemigo se empeña al máximo para traer sobra al hogar de los hijos de Dios, ese día es el sábado. Muchas familias testifican que sobrevienen grandes pruebas para ellas el sábado, especialmente cuando descuidan el culto matutino del hogar.

El sábado puede ser un día más bendecido todavía si nos proponemos a comenzar con Dios. La familia que se une a Dios en el hogar, antes de ir a la iglesia, tiene la oportunidad de despertarse más temprano, como es el



consejo que recibimos, y con tranquilidad preparar tanto el cuerpo como el corazón para un encuentro especial con Dios en su casa.

Los cultos diarios en el hogar preparan a la familia para la adoración a Dios en sábado. Se nos aconseja: “Educad así la pequeña iglesia que hay en vuestro hogar, a fin de que el sábado todos puedan estar preparados para adorar en el santuario del Señor. Presentad cada mañana y noche vuestros hijos a Dios como su heredad comprada con sangre. Enseñadles que es su más alto deber y privilegio amar y servir a Dios” (Joyas de los testimonios, t. 3, p. 20).

V. EL CULTO COMO TESTIMONIO

El altar de la familia, erigido en los cultos familiares, además de proporcionar bendiciones especiales para la propia familia, puede ser un testimonio y una bendición para otros también.

“Abrahán, el “amigo de Dios” (Santiago 2:23), nos dio un digno ejemplo. Fue la suya una vida de oración. Dondequiera que establecía su campamento, muy cerca de él también levantaba su altar, y llamaba a todos los que le acompañaban al sacrificio matutino y vespertino. Cuando retiraba su tienda, el altar permanecía allí. En los años subsiguientes, hubo entre los errantes cananeos algunos que habían sido instruidos por Abrahán; y siempre que uno de ellos llegaba al altar, sabía quién había estado allí antes que él; y después de levantar su tienda, reparaba el altar y allí adoraba al Dios viviente” (Patriarcas y profetas, p.121).

¡Qué lindo ejemplo nos dejó Abraham! Además de incluir en la adoración a Dios a todos los que formaban parte de su hogar, lo que incluía no solo a su familia, sino a muchas familias que lo servían, ellos también testificaban a los paganos que vivían a su alrededor.



¿Qué testimonio han sido nuestros cultos familiares para nuestros vecinos, o quién sabe, para quienes nos visitan ocasionalmente y participan de ellos con nosotros? Podemos creer que el culto en sí no tocará la vida de alguien y tal vez a veces hasta lo descuidamos cuando recibimos visita, pero solo en el cielo sabremos el poder de la influencia de nuestro culto familiar en la vida de otros.

CONCLUSIÓN

Que nuestra familia también sea un testimonio vivo delante de la comunidad y delante de los que nos observan. Que nuestro ejemplo de fidelidad a Dios expresado diariamente en nuestros hogares pueda atraer a otros a Cristo. Que otras familias sean tocadas aun después que ya nos estemos cerca y sean inducidas a adorar también al Dios vivo.



LA BELLEZA DEL SANTUARIO DEL HOGAR

Texto Base: “Y salió tu renombre entre las naciones a causa de tu hermosura; porque era perfecta, a causa de mi hermosura que yo puse sobre ti, dice Jehová el Señor.” (Ezequiel16:14).

INTRODUCCIÓN

Dios ama la belleza. En realidad, es casi imposible pensar en algo que Dios creó sin pensar en la belleza. Vemos belleza en la creación, hasta después de haber sido estropeada por el pecado. Todas las estructuras que Dios ordenó que fueran formadas, como el santuario (y después el templo), fueron construidas con belleza y bien decoradas.

Cuando leemos sobre el Cielo y la Tierra Nueva, también vemos que la belleza es parte esencial. Dios ama estar rodeado de cosas hermosas, y todo ambiente donde Dios habita debe ser bello, inclusive nuestros hogares. Como fuimos estudiando en los Miércoles de poder de este año, nuestro hogar es un lugar donde Dios debe habitar. Por lo tanto, como mayordomos de Dios, también necesitamos tener en mente los aspectos físicos de nuestro hogar.

“A Dios le agrada lo bello. Revistió de hermosura la tierra y los cielos, y con gozo paternal se complace en ver a sus hijos deleitarse en las cosas que hizo. Quiere que rodeemos nuestro hogar con la belleza de las cosas naturales” (El hogar cristiano, p. 133).

I. ELEMENTOS QUE EMBELLECEEN EL HOGAR

1. Belleza física y buen gusto. Cuando Dios es parte



de la preparación de los hogares de sus hijos y de su propio hogar (el santuario), desea que se tenga en cuenta la belleza. Sobre el hogar de Adán y Eva, el Edén, leemos: “Dios ama lo hermoso. Nos ha dado inequívoca evidencia de ello en la obra de sus manos. Plantó para nuestros primeros padres un bello huerto en Edén. Hizo crecer del suelo frondosos árboles de toda descripción, para que fuesen útiles y ornamentales. Formó las hermosas flores, de rara delicadeza, de todo matiz y color, que esparcían perfume por el aire” (El hogar cristiano, p. 22).

En la construcción del templo de Salomón (1 Reyes 6), también vemos que el factor belleza estaba presente en toda la elección de los materiales, la disposición y su decoración. Sobre la construcción del templo leemos: “De una belleza insuperable y esplendor sin rival era el palacio que Salomón y quienes le ayudaban erigieron para Dios y su culto. Adornado de piedras preciosas, rodeado por atrios espaciosos y recintos magníficos, forrado de cedro esculpido y de oro bruñido, el templo, con sus cortinas bordadas y muebles preciosos, era un emblema adecuado de la iglesia viva de Dios en la tierra, que a través de los siglos ha estado formándose de acuerdo con el modelo divino, con materiales comparados al “oro, plata, piedras preciosas,” “labradas a manera de las de un palacio” (Profetas y reyes, p. 26).

Los metales preciosos y tejidos costosos que se usaron en la construcción del templo no son accesibles para nosotros hoy, pero podemos embellecer nuestros hogares usando el buen gusto, la combinación de colores y especialmente las bellezas que encontramos en la naturaleza, que elevan nuestros pensamientos a Dios.

“Casi todos los que viven en el campo, por muy pobres que sean, pueden tener alrededor de sus casas algo de césped, algunos árboles que den sombra, algunos



arbustos lozanos y flores olorosas. Esto contribuirá a la felicidad del hogar mucho más que cualquier adorno artificial. Introducirá en la vida del hogar una influencia suavizadora y purificadora, que fortalecerá el amor a la naturaleza y atraerá a los miembros de la familia más cerca unos de otros y más cerca de Dios” (El hogar cristiano, p. 134).

Mantener un jardín en el frente de la casa o algunas macetas en el balcón no cuesta mucho y ayuda a la familia a mantenerse cerca de la creación de Dios. Cuando contemplamos los atributos de Dios en la naturaleza nos mantenemos en mayor comunión con él. La naturaleza es para nosotros un recuerdo vivo del amor de Dios y la revelación de su carácter. Debemos contemplarla diariamente y extraer de ella lecciones espirituales, y así Dios se hará más real para nosotros.

2. La simplicidad y practicidad. Lo que es bello y natural a los ojos de Dios también es considerado precioso para él. En la visión del mundo, las cosas preciosas son las que cuestan mucho dinero, pero para Dios tienen un significado diferente. Necesitamos saber valorar las cosas verdaderamente “preciosas” para nuestra familia. Tal vez algunas fotografías de nuestros seres queridos y pequeñas artesanías creadas por nuestros hijos ayudarán a embellecer nuestro hogar y serán un recuerdo constante de que ellos son especiales y valorados. Esas decoraciones especiales son mucho más valiosas que gastar cantidades exageradas de dinero para comprar piezas decorativas caras y sin significado, solo para exhibición.

Otro riesgo que corremos al pensar en la decoración del hogar es preocuparnos tanto con eso que terminará siendo una maldición, no una bendición, y Dios nos aconseja a no caer en ese extremo. Si mis elecciones para



mantener mi hogar bello y agradable exigen que gaste tiempo y dinero que me harán descuidar las necesidades de mi familia, algo no está correcto.

“Demasiadas congojas y cargas se introducen en nuestras familias, y se alberga muy poca sencillez natural, paz y felicidad. Debiera haber menos interés por lo que diga el mundo exterior y prestarse más atención reflexiva a los miembros del círculo familiar. Debiera haber menos ostentación y afectación de urbanidad mundana entre los miembros de la familia, y mucho más amor, ternura, alegría y cortesía cristiana” (El hogar cristiano, p. 93).

“Nuestros hábitos artificiales nos privan de muchas bendiciones y de muchos goces, y nos inhabilitan para llevar la vida más útil. Los muebles complicados y costosos son un despilfarro no sólo de dinero, sino de algo mil veces más precioso. Imponen una carga de cuidados, labores y perplejidades.

[...] Amueblad vuestra casa sencillamente, con cosas que resistan el uso, que puedan limpiarse sin mucho trabajo y renovarse sin gran costo. Ejercitando vuestro gusto, podéis hacer atractivo un hogar sencillo si en él reinan el amor y el contentamiento” (El ministerio de curación, p. 284, 285).

3. Bondad y alegría. En el texto bíblico de hoy (Ezequiel 16:14), el profeta se refiere a la fama que recibió Jerusalén por su belleza, y la razón de su belleza era la presencia de la gloria de Dios. Si leemos los siguientes versículos, vemos que en el momento que Jerusalén rechazó a Dios, la gloria de Dios también se retiró de Jerusalén. En Éxodo 33:18, 19, Moisés pidió a Dios que le mostrar su gloria, y Dios le respondió que haría pasar delante de él su “bondad”. La gloria de Dios es su bondad.



Si queremos que en nuestro hogar esté presente la gloria de Dios (así como estaba en Jerusalén), necesitamos desear que Dios se vea en nuestros actos de bondad en la familia. Sobre toda belleza física que tengamos en nuestro hogar, deben reinar la bondad y la alegría que podemos transmitir en la interacción de la familia, en actos y palabras.

“Pero sea la casa humilde o elegante, sean sus accesorios costosos o baratos, no habrá felicidad entre sus paredes a menos que el espíritu de los habitantes armonice con la voluntad divina. El contentamiento debe reinar en la familia” (El hogar cristiano, p. 138).

“En el hogar, no uséis palabras ásperas e hirientes. Deberíais invitar al Huésped celestial a acudir a vuestro hogar, y al mismo tiempo hacer lo posible para que él y los ángeles celestiales moren con vosotros. Deberíais recibir la justicia de Cristo, la santificación del Espíritu de Dios, la belleza de la santidad, a fin de revelar la luz de la vida a los que están junto a vosotros...” (La conducción del niño, p. 87).

“Cuatro paredes y muebles costosos, alfombras afelpadas, espejos elegantes y hermosos cuadros no son cosas que constituyan un “hogar” si faltan la simpatía y el amor” (El hogar cristiano, p. 138).

CONCLUSIÓN

“El símbolo más dulce del cielo es un hogar presidido por el espíritu del Señor. Si se cumple la voluntad de Dios, los esposos se respetarán mutuamente y cultivarán el amor y la confianza” (El hogar cristiano, p. 12).

Como símbolo del Cielo nuestro hogar debe representar el hogar que Dios está preparando para nosotros, no solo en su aspecto físico, sino emocional y espiritual.



Nuestro hogar eterno será un hogar de belleza inigualable, pero sobre todo un lugar donde la paz y el amor reinarán para siempre.

“Todo lo hermoso de nuestra patria terrenal ha de recordarnos el río de cristal y los campos verdes, los árboles ondeantes y las fuentes de aguas vivas, la ciudad resplandeciente y los cantores vestidos de blanco de nuestra patria celestial, el mundo de una belleza que ningún pintor puede reproducir y que ninguna lengua humana puede describir. ‘Cosas que ojo no vio, ni oreja oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que ha Dios preparado para aquellos que le aman’ [1 Corintios 2:9]” (El hogar cristiano, p. 493).



EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL DE LA FAMILIA

Texto Base: “Y Josué dijo al pueblo: Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros” (Josué 3:5).

INTRODUCCIÓN

En los Miércoles de poder de este año compartimos muchos principios para la familia; principios que nos enseñan como nuestro hogar puede ser un santuario donde Dios habita. Aprendimos sobre las diferentes relaciones en la familia. También aprendimos acerca de la función de sus miembros y sobre las áreas importantes que deben desarrollarse en el hogar para que este sea un instrumento poderoso en las manos de Dios.

Como adventistas del séptimo día creemos que Jesús volverá pronto. Sabemos que tenemos una misión que cumplir en el mundo para apresurar su venida. En este último Miércoles de poder del año, nos gustaría reflexionar sobre el crecimiento espiritual de la familia, sobre el proceso de santificación que todos debemos vivir.

Existen algunos objetos que son de valor para la mayoría de las familias. Los álbumes de fotos son algunos de ellos. A pesar de que los álbumes “físicos” están pasando de moda, de manera general nos hacen revivir momentos del pasado a través de las imágenes, sean en papel o en una pantalla.

Las fotos generalmente nos recuerdan las diferentes etapas por las que pasó la familia. Desde el momento en que la pareja se conoció, después se casó; la llegada de los hijos, y después las fases de su crecimiento hasta que llegan a adultos y construyen sus propios hogares. Tar-



de o temprano llegan los nietos y el ciclo de la familia continúa y se repite.

I. EL COMIENZO DEL CRECIMIENTO

La Biblia también usa la imagen del crecimiento del ser humano como ilustración para el crecimiento espiritual, el proceso de santificación.

1. **Pedro 2:2, 3.** Pedro dice que, como niños, debemos desear la leche espiritual para poder crecer para la salvación.
2. **Lucas 2:52.** Cuando Jesús estuvo en el mundo también pasó por el crecimiento.
3. **1 Corintios 13:11.** Si nuestro objetivo es crecer, no podemos contentarnos en permanecer como niños espirituales.

Al reflexionar sobre el último texto que leímos se nos dice que: “No debemos permanecer siempre en calidad de niños en nuestro conocimiento y experiencia de las cosas espirituales. No hemos de expresarnos siempre en el lenguaje del que acaba de recibir a Cristo, sino que nuestras oraciones y exhortaciones deberían crecer en inteligencia a medida que aumenta nuestra experiencia en la verdad” (Hijos e hijas de Dios, p. 332).

Es maravilloso cuando la familia que anda con Dios tiene conciencia de ese camino de crecimiento y sus miembros se ayudan unos a otros en ese proceso. Los padres son los consejeros de los hijos, los hijos ayudan a los padres y a sus propios hermanos; y juntos, padres e hijos consiguen reconocer las victorias alcanzadas y las fallas que deben ser superadas.

Algunas maneras de hacerlo en la práctica son: mantener una comunicación abierta y honesta con los hijos; ser humildes para pedir perdón cuando nos



equivocamos, y así enseñarles por precepto y ejemplo a ser humildes también; ser responsables unos por el crecimiento de otros, dando libertad hasta a nuestros hijos a “reprendernos en amor” cuando enfrentamos la tentación de salir del camino. El hogar provee un ambiente ideal para ese crecimiento a través de las experiencias de cada día.

“La religión es una santificación práctica. ... La verdadera cualidad de la religión es medida por la manera por la cual cada miembro de la familia cumple sus deberes hacia sus asociados. ... Aprended la lección preciosa de ser pacificadores en la vida de vuestro hogar. Carta 34, 1894” (Nuestra elevada vocación, p. 181).

Muchas familias están destruidas hoy por no aprovechar las oportunidades que el hogar ofrece para crecer en Cristo. En el hogar siempre surgirán problemas y dificultades, pues el enemigo sabe el poder que un hogar bien estructurado tiene como herramienta de testimonio. Sin embargo, al depararnos con problemas, podemos enfrentarlos de dos maneras diferentes: verlos como obstáculos que impiden nuestro crecimiento o verlos como peldaños que facilitan nuestro progreso espiritual.

II. EL PRIMER PELDAÑO: LA ABNEGACIÓN

Como vimos en el texto del inicio, el crecimiento espiritual puede identificarse como el proceso de santificación en la vida del cristiano. En la escalera de la santificación, el primer peldaño es la abnegación.

“Los que quieren alcanzar la bendición de la santidad deben aprender primero el significado de la abnegación. La cruz de Cristo es la columna central sobre la cual descansa el “sobremanera alto y eterno peso de gloria.” “Si alguno quiere venir en pos de mí—dijo Cristo,—niéguese



a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.” 2 Corintios 4:17; Mateo 16:24. Es la fragancia del amor para con nuestros semejantes lo que revela nuestro amor para con Dios. Es la paciencia en el servicio lo que otorga descanso al alma. Es mediante el trabajo humilde, diligente y fiel cómo se promueve el bienestar de Israel. Dios sostiene y fortalece al que desea seguir en la senda de Cristo” (Los hechos de los apóstoles, p. 447).

La vida en familia y las interacciones en la comunidad de la iglesia proveen mucho espacio para practicar la abnegación. Como padres debemos estudiar “para aprender a enseñar a los niños a ser serviciales. Los jóvenes deben acostumbrarse desde temprano a la sumisión, a la abnegación y a la consideración de la felicidad ajena. Debe enseñárseles a subyugar el temperamento impulsivo, a retener la palabra apasionada, a manifestar invariablemente bondad, cortesía y dominio propio” (Consejos para los maestros, p. 118).

Jesús, nuestro ejemplo supremo, pasó por el camino de la abnegación y nos enseña que si elegimos seguirlo ese será también nuestro camino. Pero Jesús no es solo nuestro ejemplo, es quien nos hace posible el crecimiento.

(Leer Efesios 4:11-16).

Entonces, ¿cuál es el secreto para el crecimiento en la escalera de la santificación? Estar constantemente “en Cristo”. Solo existe crecimiento espiritual, solo existe santificación en Cristo Jesús.

III. EL CRECIMIENTO DEBE SER CONSTANTE Y COMPLETO

“La verdadera santificación es una obra diaria, que continúa por toda la vida. Los que están luchando con tentaciones cotidianas, venciendo sus propias tendencias pecaminosas, y buscando la santificación del cora-



zón y la vida, no realizan ninguna pretensión ostentosa de santidad. Tienen hambre y sed de justicia. El pecado les parece excesivamente pecaminoso” (La edificación del carácter, p. 8).

Jesús mismo solo pudo crecer porque tenía una conexión constante con la fuente de poder, su Padre. Él dijo que no podía hacer nada por sí mismo (Juan 5:19; 14:10).

Así como Jesús dependía completamente del Padre, nosotros también necesitamos depender completamente de él y mantener nuestros ojos fijos en Jesús. “Cuanto más nos acerquemos a él y cuanto más claramente discernamos la pureza de su carácter, tanto más claramente veremos la extraordinaria gravedad del pecado y tanto menos nos sentiremos tentados a exaltarnos a nosotros mismos. Habrá un continuo esfuerzo del alma para acercarse a Dios; una constante, ferviente y dolorosa confesión del pecado y una humillación del corazón ante él. En cada paso de avance que demos en la experiencia cristiana, nuestro arrepentimiento será más profundo. Conoceremos que la suficiencia solamente se encuentra en Cristo, y haremos la confesión del apóstol: “Y yo sé que en mí (es a saber, en mi carne) no mora el bien”. “Mas lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.” Romanos 7:18; Gálatas 6:14” (Los hechos de los apóstoles, p. 448).

Cuando elegimos subir la escalera de la santificación con nuestra familia, podemos tener la seguridad de que seremos probados al máximo, pues el enemigo no desea que alcancemos la madurez en Cristo. Las pruebas vendrán de varias formas: como desafíos en la educación de nuestros hijos, como desánimo por las dificultades que enfrentamos, o como tentaciones para hacernos desistir de avanzar en el camino.



“Muchos son los que, aunque se esfuerzan por obedecer los mandamientos de Dios, tienen poca paz y alegría. Esa falta en su experiencia es el resultado de no ejercer fe. Caminan como si estuvieran en una tierra salitrosa, o en un desierto reseco. Demandan poco, cuando podrían pedir mucho, por cuanto no tienen límite las promesas de Dios. Los tales no representan correctamente la santificación que viene mediante la obediencia a la verdad. El Señor desea que todos sus hijos sean felices, llenos de paz y obedientes. Mediante el ejercicio de la fe el creyente llega a poseer esas bendiciones. Mediante ella puede ser suplida cada deficiencia del carácter, cada contaminación purificada, cada falta corregida, cada excelencia desarrollada” (Los hechos de los apóstoles, p. 450).

La fe es el secreto para enfrentar las dificultades con alegría y paz en el corazón. Muchas veces alegamos tener fe, pero nuestra fisionomía no demuestra que en verdad la tenemos. Andamos cabizbajos, preocupados, y eso no genera confianza en Dios y mucho menos demuestra que tenemos fe. Parece que no entendemos el tamaño de la gracia de Dios, que no solo perdona, sino borra nuestros pecados y nos considera justos.

El mismo Dios que provee fuerza para enfrentar las pruebas nos da su paz y alegría por la seguridad que tenemos de que él ya proveyó el camino para nuestra salvación. Podemos estar seguros de que nuestras pruebas serán momentáneas, y si permanecemos fieles, pronto veremos a Jesús viniendo a buscarnos para vivir para siempre con él en el hogar donde solo tendremos paz, felicidad y amor.



CONCLUSIÓN

¿Por qué debemos buscar la santificación de nuestra familia? “Porque la voluntad de Dios—acerca de vosotros—es vuestra santificación.” 1 Tesalonicenses 4:3. ¿Es la vuestra también? Vuestros pecados pueden aparecer ante vosotros como montañas; pero si humilláis vuestro corazón, y los confesáis, creyendo en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, os perdonará y limpiará de toda injusticia. Dios demanda de vosotros una completa conformidad con su ley. Esa ley es el eco de su voz que nos dice: Más santo, sí, más santo aún. Desead la plenitud de la gracia de Cristo. Permitid que vuestro corazón se llene con un intenso anhelo de su justicia, cuya obra, declara la Palabra de Dios, es paz, y su efecto quietud y seguridad para siempre” (Los hechos de los apóstoles, p. 452).